

INTRODUCCIÓN A SARTRE

Los filósofos han producido innumerables autobiografías célebres, pero pocos nos han dejado diarios, que en su relativa espontaneidad e inmediatez constituyen una forma más arriesgada de autorrevelación que la composición retrospectiva. La única gran excepción son los cuadernos de notas que Jean-Paul Sartre redactó durante aproximadamente nueve meses tras ser llamado a filas en septiembre de 1939, desde la falsa guerra a la víspera de la caída de Francia. Escribió quince cuadernos, de los cuales sólo sobrevivieron seis. Cinco, encontrados entre sus papeles, fueron publicados póstumamente por Gallimard en 1983 y traducidos al inglés por Verso en 1984. El sexto –por un afortunado accidente cronológico el primero– apareció en un lote comprado por la Bibliothèque Nationale en 1991 y a él pertenecen los extractos que publicamos a continuación. El material que ha escapado a la destrucción, aproximadamente unas 600 páginas, es, se mire por donde se mire, uno de los trabajos más notables de Sartre, casi sin rival en cuanto a su vivacidad intelectual, su variedad y su incisividad. Aunque han transcurrido poco más de cincuenta años desde su redacción, la pérdida de los otros nueve cuadernos recuerda, más que ningún otro precedente moderno, las ausencias que jalonan el legado de la literatura de la Antigüedad. Los cuadernos discurren libremente por temas filosóficos, literarios, históricos, políticos y personales. Con la recuperación del primer cuaderno, las intenciones de Sartre cobran mayor claridad. En su diario, Sartre desarrolla los conceptos y preocupaciones que reaparecerán en El ser y la nada, publicado en 1943 tras su liberación como prisionero de guerra; bosqueja ideas que tomarán forma en su Retrato de un antisemita; y, de no menor importancia, el filósofo comienza aquí a verificar los instrumentos del análisis existencial que a la postre producirán los retratos de Baudelaire, Mallarmé, Genet y Flaubert. Los cuadernos, sin embargo, no eran tan sólo un amasijo de reflexiones privadas de referencia futura. Sartre, que estaba leyendo los Diarios de Gide y posteriormente los de Stendhal, manifiesta que pretendía publicarlos, como un trabajo del mismo tipo, aunque, de modo característico, mostró poco interés en ellos tras la guerra, al hilo de una indolente indiferencia hacia su propia escritura que deja patente en los fragmentos que recogemos a continuación. La suma de los cuadernos se convierte así en un maravillosamente inspirado autorretrato literario carente de sentimentalismo –en realidad, a menudo caústico– re-

cortado contra el transcurso de los primeros meses de guerra. En los cuadernos perdidos sabemos que Sartre analizaba por extenso su relación con Francia, quizá el tema específico más sorprendente y enigmático en el conjunto del material perdido. Pero en el primer cuaderno encontramos lo que podrían considerarse como los prolegómenos de tales reflexiones: una chispeante descripción, escrita con un lirismo cáustico, de su apasionada relación con el periodo que acaba de concluir, los años de entreguerras de su primera juventud.

DIARIOS DE GUERRA

Septiembre-octubre de 1939

*Marmoutier, jueves 14 de septiembre de 1939*¹. Curiosa la relación entre estoicismo y optimismo. La encontramos ya en el estoico antiguo que tiene necesidad de creer que el mundo es bueno. Más que una relación teórica, es una maquinaria psicológica. Una astucia más para tranquilizarse, una trampa más de la inautenticidad. Yo me había alistado «estoicamente», lo que suponía, por un lado, que me había desprendido de todo lo que formaba mi vida pasada y, por otro, que aceptaba un futuro en el cual mis propias posibilidades habían dejado de existir. Es lo que ellos llaman aquí «tener la moral alta». Aceptaba tenerla, pero no me daba cuenta de que la esencia de ese estado implicaba una especie de docilidad admirativa por la autoridad militar de la que dependía. Por el hecho de ponerme en sus manos, yo les concedía mi confianza, cesaba de ser un «hombre del resentimiento»². Ello provenía evidentemente de que yo hacía una dejación *libre* de mí mismo. Perdía mi espíritu crítico, y me he sorprendido los primeros días sintiéndome desagradablemente afectado cuando se criticaba delante de mí a los oficiales. Es cierto que la célebre actitud de «decir no» implica en sí misma la duda y la reserva. Por el contrario, la adhesión implica esta admiración por principio que es lo que yo más detesto. Demasiado ocupado de estar de veras a gusto conmigo mismo, de ser para mí mismo, es decir, sin desesperación ni cobardía, no he

¹ Sartre fue llamado a filas como reservista el 2 de septiembre de 1939 a la edad de 34 años. Por sus problemas de vista fue asignado al cuerpo auxiliar cuando realizó el servicio militar en 1929, en el que recibió una formación meteorológica básica. Con sus tres compañeros de su mal equipada unidad meteorológica –el cabo Paul, Keller y Pieter– llegó a la ciudad de Marmoutier, a unos 32 kilómetros al noroeste de Estrasburgo, el 11 de septiembre de 1939. Desde allí escribió a Simone de Beauvoir que, al despertarse esa mañana en el tren, rodeado de soldados somnolientos, concibió el proyecto de redactar un diario sobre «el mundo de la guerra». El 14 de septiembre compró un cuaderno en una tienda de la localidad y comenzó a escribir. (Las notas con numeración árabe corresponden a las introducidas en la edición inglesa de la *NLR*; las notas con letras, excepto la ⁹, proceden de la edición francesa de la que se ha efectuado la traducción de este texto, *Carnets de la drôle de guerre. Septembre 1939-mars 1940*, París, Gallimard, 1995.) [N. del T.]

² Esta expresión, que Sartre empleará a menudo en sus escritos, proviene del filósofo alemán Max Scheler, quien en *L'homme du ressentiment* (París, 1933) examina el papel que Nietzsche atribuye al resentimiento en el nacimiento del cristianismo.

sabido escoger entre «decir sí» o «decir no», no me he preocupado de la situación objetiva. Por suerte he estado en contacto con el cabo Paul, socialista y, por consiguiente, descontento y confundido. No alguien que dice «no», sino alguien que se turba y sufre amargamente, tan pronto sintiendo miedo de los oficiales superiores, tan pronto despreciándolos. El resultado es que he comenzado a ver la verdadera situación. Además, este lamentable transporte de Ceintrey a Marmoutier me ha abierto los ojos: el ejército sigue siendo en la guerra lo que era en tiempos de paz. Se trata, pues, de disociar la aceptación de la admiración. Esto ya está hecho ahora. Queda por ver en estos momentos la situación objetiva.

[...]

EL MUNDO DE LA GUERRA

No he visto la guerra, que parece inescrutable, pero sí he visto el mundo de la guerra. Se trata simplemente del mundo militarizado. El sentido de las cosas ha cambiado. Un albergue sigue ahí, siempre preparado y acogedor, pero acoge fríamente, es decir, que esta posibilidad se destruye a sí misma y se convierte en absurda. Un albergue acoge *a cambio de dinero* y evoca una libertad burguesa, la libertad mediante el dinero. Pero el mundo de la guerra es un mundo sin dinero y sin libertad. Ese albergue es requisado por la intendencia. Habitan ahí los soldados, que no pagan y que no se alojan en él libremente. El albergue, en cuya puerta se lee el cartel «Intendencia» que se halla escrito sobre la misma, evoca un sentido nuevo: el de la constricción gratuita. Al mismo tiempo se convierte en un utensilio puro, es decir, que con independencia de cuál sea el lujo del antiguo objeto se dispone para que sirva únicamente para lo necesario. La habitación encantadora que debía deleitar al viajero sirve únicamente de *guarida* a los soldados que la ocupan. Ellos se acuestan ahí, pero sobre la paja. La cama está deshecha o sin tocar. Así, mucho antes de que la bomba destruya el objeto hecho por el hombre, el sentido humano del objeto se halla destruido. En la guerra deambulamos por un mundo-utensilio. Exactamente como en el cuartel. Únicamente que, como los encantos coquetos de las cosas permanecen, a cada instante se produce una especie de recuerdo evanescente de un mundo desaparecido, una ilusión permanente.

La distancia de los objetos respecto al hombre no es en la guerra la misma que en tiempos de paz. Esto lo he sentido el otro día en Arzwiller: había allí un bosque de robles sobre una peña roja a cincuenta metros de la carretera. Estábamos tumbados en la cuneta, aplastados por nuestros fusiles, nuestros sacos, nuestros capotes, como escarabajos sobre sus espaldas. Me habría gustado no *ir* a ese bosque, pero pensar que podría ir. Sin embargo, era imposible pensarlo. No entraba dentro de mis posibilidades. Cincuenta metros bastaban para poner un lugar fuera de alcance. Se convierte entonces en puro decorado. Así, para mí, Marmoutier no tie-

ne alrededores, ya que no puedo salir de ahí. Hay, en este mundo de guerra, caminos pesados y graves, y además decorados. Por haber dejado de estar entre mis posibilidades, todos los lugares lejanos pierden su realidad. Es lo que aquí los compañeros traducen diciendo de un paisaje agradable: «Volveré aquí cuando haya paz».

La guerra es una especie de socialismo. Reduce la propiedad individual del hombre a nada y la reemplaza por la propiedad colectiva. Mis vestimentas, mi saco, mis alimentos ya no me pertenecen, ya no tengo casa. Todo lo que uso pertenece a la colectividad. Y yo no puedo aferrarme a ello porque este colectivo es, precisamente porque es colectivo, impersonal. Para mí, a decir verdad, la entrada en guerra no se halla marcada por la supresión de mis bienes individuales, ya que jamás los he tenido. No tengo ni casa, ni muebles, ni libros, ni adornos. Como en restaurantes, tengo trajes, justo lo estrictamente necesario. Pero la guerra me ha cargado con una multitud de utensilios que pertenecen a la colectividad y con los que no sé qué hacer: casco, máscara, cinturón, botas, fusil, etc. Heme aquí por las buenas o por las malas en el socialismo. Y curado de socialismo, si es que tenía necesidad de curarme del mismo.

Todos estos objetos-utensilios reenvían a un sentido primordial. Y ello tanto en la paz como en la guerra: el martillo es para golpear sobre el clavo, el clavo sirve para sujetar el tejado, etc. Pero en la paz el sentido último es siempre el mismo: la protección de la vida humana. El sentido último de los utensilios en tiempo de guerra es la destrucción. Esto está claro para el cañón o para el fusil. Pero en el *mundo* de guerra lo que es sorprendente es que todos esos objetos que servían para la protección del hombre están ahí, intactos, y que su sentido último es ahora la destrucción. Ese albergue, ese martillo, ese clavo, ese tejado sirven siempre ante todo para proteger, pero esa protección ya no es su fin último. La protección misma no está ahí sino para la destrucción. Todo esto no es una argumentación lógica, se siente en los objetos y constituye una de las causas de la ambigüedad esencial de los mismos en tiempos de guerra: objetos de lujo que se convierten en utensilios puros aunque conservan su aspecto lujoso; objetos de protección que continúan protegiendo mientras adquieren un sentido siniestro y secreto de destrucción.

[...]

Sábado, 16 de septiembre. Contar con los demás. Eso no me había sucedido jamás, creo que puedo decirlo. Hubiera sentido terror. Y resulta que ahora estoy tranquilamente aquí preguntándome si Sarrebruck ha sido tomada. Eso quiere decir: espero que el alto mando haya tenido la inteligencia y los soldados del frente el coraje de tomar Sarrebruck^b. No esta-

^b En torno al 9 de septiembre de 1939 los franceses habían ocupado algunos pueblos en el Sarre. Según el general Gamelin, que desde el 12 había detenido la ofensiva, «la continua-

mos lejos de las tonterías de la retaguardia: la vieja dama que confía en «nuestros bravos soldados» y se reconforta al saberse defendida.

De tiempo en tiempo me siento liberado de tener que ocuparme de otras personas (Wanda^c, Bianca^d) porque decido que yo soy el que está más fastidiado (y que pago con mi persona), pero nada es menos seguro. Es, sin embargo, el secreto de mi tranquilidad actual.

Lo que ha influido de modo más decisivo en mi actitud actual (aunque la haya olvidado en los últimos tiempos y reemplazado por una vulgarización bastante idiota: soportar la guerra como el cólera) es una frase de Guille: «Un montón de gente se ha preocupado únicamente durante la guerra de 1914 de comportarse como hombres, por ejemplo el forestal de La Pouèze»^e. Esta fórmula me satisfacía en tanto que sustituía los eslóganes colectivos por una obligación respecto a uno mismo. Pero Guille es un humanista y la frase aplicada a mí perdía su sentido. Está, sin duda, en el origen de este pensamiento que tuve al partir, y que tengo todavía, de que la guerra era una aventura que venía a completar mi destino. «Habré conocido –pensaba bastante puerilmente– la locura, la pasión, el arte y la guerra.» Experiencias nobles o supuestamente tales. Otras veces me representaba la guerra como la prueba esencial de mi vida de hombre que debía superar. Después vendría, si sabía apañármelas, la serenidad. Esta concepción tenía su origen, como siempre, en mi representación preconcebida de la vida de los grandes hombres, que comporta, en mi opinión, un periodo de prueba. Y yo contaba un poco con esta guerra para compensar en mi destino la facilidad de mis primeros éxitos literarios, que (siempre de acuerdo con esta representación preconcebida) me ha parecido desde el principio un poco dudosa. De todos modos, flotaba la idea de un destino de hombre (extraído de la frase de Guille pero forzándola en mi sentido) mezclada con la de un destino de gran hombre (fabricado por mí en virtud de antiguas lecturas, es decir, no de acuerdo con las verdaderas vidas de Stendhal o Balzac sino en virtud de las categorías a través de las cuales los biógrafos ven esas vidas). De todas formas, esa idea de destino se halla profundamente anclada en mí: yo tengo un destino. Esa idea me ayuda a consi-

ción de nuestros ataques no parecía tener ya sentido, dado que en modo alguno podía influir en los acontecimientos de Polonia» (citado por Paul Reynaud, *Mémoires*, París, Flammarion, 1963). Los duelos de artillería continuaron, sin embargo, en ese mismo sector hasta el 16 de octubre.

^c Joven hermana de Olga Kosakiewicz que fue alumna de Simone de Beauvoir en el liceo de Rouen. Ésta le da el sobrenombre ficticio de «Tania» en su edición de las *Lettres au Castor et à quelques autres* (París, Gallimard, 1983), donde el patronímico de las dos hermanas es «Zazoulitch».

^d Bianca Bienefeld, antigua alumna de S. de Beauvoir, que la menciona como «Louise Védrine» en su edición de *Lettres au Castor et à quelques autres*, cit. Ella estudiaba entonces filosofía.

^e Pueblo próximo a Angers en el que la señora Morel, amiga de S. de Beauvoir y de Sartre y a cuyo hijo éste dio clases, tenía su casa de campo. Pierre Guille era un compañero de estudios de Sartre en la École Normale Supérieure.

derar místicamente todo lo que me sucede como etapas necesarias de mi destino, que yo debo transformar en miel. Y aunque repita y crea en ocasiones que la guerra embrutece al que la hace, no puedo dejar de considerarla como una fuente de experiencia, por consiguiente, para mí, de progreso. Porque la idea de progreso, complementaria de la de destino, es también esencial para mí. Es lo que el Castor llama mi optimismo.

[...]

Domingo, 17 de septiembre. [...] Rusia invade Polonia^f. Me entero a las cinco de la mañana por Paul, que trae también cartas (Castor, Wanda). Angustia real. No acepto la guerra más que si pienso que venceremos. Me doy cuenta de lo hipócritamente que me he persuadido de que concluirá en un año y *sin cambios*. Mi vida pasada se halla adherida a mí como la tiña. No acepto abandonarla sin malestar y esperando que la volveré a encontrar tal cual. La carta de Wanda me anima. Pero pienso siempre que ella no me esperará hasta el final. Estaré tranquilo, no obstante, si puedo hacerla venir a París^g. La prefiero infiel que desgraciada. En suma, día de sentimientos. Hacía mucho tiempo que no me sucedía esto. Exactamente desde el lunes pasado, cuando me sentí desazonado. Las cartas del Castor me trastornan. Tengo la impresión de que soy yo quien está en mejor posición. Me reprocho no poder sufrir con ella y por ella. Cada instante en el que no me preocupo por ella, me parece que se lo robo. No pensaré nunca más que me encuentro lo suficientemente mal como para que ello me dispense de preocuparme por los demás.

Lunes, 18 de septiembre. Los carteles de movilización son ahora tan viejos que el viento y la lluvia los han estropeado y sus trozos amarillentos y deteriorados discurren por los arroyos del pueblo.

Hoy nada de sondeos meteorológicos. Mis tres compañeros se aburren. Pieter: «Dios mío, ¿qué demonios se puede hacer aquí?», y Keller se ha sentado a mi lado, las manos sobre las piernas, los codos al aire: «¡Ah, lo que se aburre uno aquí!». Ligero sentimiento de superioridad porque yo no me aburro en absoluto. Sentimiento de superioridad también sobre Gérassi^h, que, según me dice el Castor, se cree heroico porque va a volver a pintar. En resumen, satisfacción de mí mismo bastante poco simpática.

^f Conforme al protocolo secreto del tratado germano-soviético de no agresión firmado el 23 de agosto de 1939, que delimitaba las zonas de influencia de las dos partes, fundamentalmente en Polonia, «en caso de cambio político-territorial».

^g Wanda vivía con sus padres en L'Aigle, Normandía.

^h El pintor Fernando Gérassi, al que Sartre había conocido diez años antes, había participado en la Guerra de España combatiendo en el bando republicano. El personaje de Gómez, en *Les chemins de la liberté* (*L'âge de raison*; *Le sursis*; *La mort dans l'âme*, París, 1945, vols. 1 y 2, y 1949, vol. 3), le debe mucho (cfr. S. de Beauvoir, *Mémoires d'une jeune fille rangée* y *La force de l'âge*, París, 1958 y 1960).

Yo, que normalmente me ocupo poco de mi aspecto, desde la movilización me lavo, me afeitó, me limpio los dientes de un modo escrupuloso. Es para imitar a Stendhal, que se afeitaba cada día durante la retirada de Rusia. Mi buena voluntad es grande, pero se dota subrepticamente de modelos.

Empezado el *Journal* de Gide¹. A partir de agosto de 1914. Lectura reconfortante, en suma. En un primer momento me siento abrumado, leo de agosto a septiembre, de septiembre a octubre. Tantos días vividos de uno en uno. Siento *sus* días de guerra con *mis* días de guerra. Y de repente resulta que mis provisiones de días de guerra se han agotado mientras Gide tiene todavía cuatro años y medio de guerra por vivir. Es aterrador. Pero poco a poco el trato con un espíritu de «mi parte» me devuelve una especie de ligereza intelectual que he perdido totalmente desde el 1 de septiembre. Y después siempre este truco tranquilizador: al identificar *mi* guerra con la *suya*, como más de un episodio o una reflexión me incitan a hacer, convierto este futuro incierto y desconocido, informe, en una cosa ya vivida y que tiene un *después*. Yo mismo doy un empujón a este enorme mundo presente en el que vegeto un horizonte «de después» y ya vivo un poco ese día por lo que será desde el punto de vista de ese después.

Los esfuerzos constantes de Gide para cargar sobre sí los dolores de la guerra, para concentrar en ellos sus pensamientos. Meditaciones en el vacío, y que se quieren en el vacío, porque sería pecado extraer de ello un beneficio, incluso intelectual. Estado de comunión religiosa. Es un deber para él tener el pensamiento obsesionado por la guerra. Mi deber es inverso y demasiado fácil: mantener el pensamiento despierto. Pensar y no meditar. Como él es civil, tiene el deber de comulgar con los otros. Como yo llevo el uniforme militar, tengo el deber de pensar claro. Y el permiso para actuar por mi cuenta. Muy bien, ¿pero en qué términos me concedería ese permiso si estuviese *en el frente* y no en Marmoutier? Ahí sería, por lo demás, donde tendría mérito aprovecharse del mismo.

Ligero sentimiento de mi importancia, ayer, porque el Castor me cree en peligro. Algo así como: «¡Vale, vale! Eso podría ser cierto algún día, etcétera».

La guerra fantasma. Una guerra a lo Kafka¹. No llego a *sentirla*, se me escapa. Los comunicados no mencionan nuestras pérdidas. No he visto he-

¹ Sartre tiene entre las manos la primera edición completa del *Journal*, que Gide concluye el 26 de enero de 1939 (Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 1939). Algunos días antes de la guerra, había aceptado participar en un número de homenaje que la *La Nouvelle Revue Française* proyectaba consagrar a André Gide con ocasión de su setenta aniversario, escribiendo sobre su *Journal* «y sobre lo que significa en general la actitud del diario íntimo». Las circunstancias han obligado a Jean Paulhan, director de la *NRF*, a renunciar al mismo, pero Sartre, que se muestra todavía más interesado por los diarios íntimos desde que comienza a escribir sus cuadernos de notas, no abandona la idea de escribir su artículo.

¹ Sartre llega a Marmoutier totalmente impregnado de este escritor: el 2 de septiembre, en el tren de los movilizados que le conduce mediante etapas caprichosas de la estación del Este al cuartel de Essey-lès-Nancy, había leído *El proceso* y *La colonia penitenciaria*; se

ridos. El sargento Naudin hablaba ayer de gaseados, pero otros desmentían este hecho. Algunas informaciones lacónicas. Los alemanes no están en nuestro suelo, no se producen bombardeos en la retaguardia. Las operaciones militares se localizan en un sector muy restringido. Lo que la guerra aporta a los soldados de Marmoutier es una mayor libertad frente a sus jefes, es decir, que se asemejan un poco más a civiles. Es preciso, para que yo sienta la guerra, que reciba cartas del Castor. El Castor, ella, está en guerra, no yo. Imagino que esta impresión es común a mucha gente. Es quizá una consecuencia de una posible táctica de los alemanes: mostrarse a la defensiva en el oeste, acabar su guerra en el este y venir a ofrecernos la paz a continuación. Quizá conoceremos bruscamente la *verdadera* guerra cuando sus proposiciones de paz hayan sido rechazadas.

Más optimismo hoy respecto a la actitud de los rusos. Querríamos que su entrada en Polonia fuese una medida de precaución o una táctica de chantaje *contra* los alemanes^k. Aquí el cabo Paul dijo con gran decisión: «Si los rusos entran en el juego, no tenemos sino que aceptar la paz que se nos ofrezca».

De nuevo las tribulaciones de un estoico. Cuando he abandonado al Castor, el 2 de septiembre, había partido para algo más duro y mejor que esta mediocridad tranquila. En estos momentos estoy contaminado, podrido.

En suma, actitud específicamente burguesa: soporto la guerra, pero deseo, si sobrevivo a ella, reencontrar mi vida de antes de la misma. ¿No es la actitud de los muniqueños que habrían apoyado la guerra pero no la muerte del capitalismo?

[...]

Martes, 19 de septiembre. La impresión de una guerra fantasma en los otros. El sargento-jefe, soñador: «Es un estado de guerra extraño». Reflexiona un momento: «Es una guerra política».

Hay quienes se han sentido demasiado jóvenes para una guerra y demasiado viejos para otra (1870-1914); yo he sido demasiado joven para una posguerra y temo mucho ser demasiado viejo para la otra. Leyendo las pá-

había llevado también *El castillo*, que ha leído en Ceintrey, Meurthe-et-Moselle, donde estuvo unos días, ya flanqueado por sus tres «compañeros» del puesto de sondeo meteorológico –Pieter, Keller y el cabo Paul–, a quienes denominará posteriormente sus «ayudantes» en referencia a los ambiguos ayudantes de K. en *El castillo*. Si Sartre hace de Kafka una lectura sistemática en esta época es porque ha prometido un artículo sobre este autor a la revista antipacifista de izquierda *Les volontaires*, creada al día siguiente del pacto de Munich por Renaud de Jouvenel y Philippe Lamour; la revista no sobrevivirá al fin de la guerra.

^k Sartre tiene una visión justa de las intenciones alemanas: la «ofensiva de paz» no está lejos. Pero ignora, como todo el mundo, que la irrupción del Ejército Rojo en Polonia se efectúa en virtud de un protocolo secreto del pacto germano-soviético y no contra los alemanes.

ginas del diario de Gide sobre Montherlant o Drieu, lamento de veras no haber tenido su edad en 1922². E inmediatamente el recuerdo me lleva al pequeño bar de l'Escadrille que resume para mí todo ese periodo, esa «posguerra» que no he conocido más que de oídas y que se ha convertido para mí en la edad de oro. En 194- seré demasiado viejo para conocer la embriaguez del cambio, si algo cambia; no es que vaya a tener tantos años detrás de mí, pero tengo una vida, estoy hecho. Las renunciaciones del momento presente y todas esas transformaciones que observo en mí están en el interior de esa vida. Castor, Wanda, Bianca, mi novela, son mis puntos cardinales. E incluso si intento prepararme para la muerte, es siempre en el seno de esa vida que yo me preparo para morir. Una posguerra no sería morir, es decir, disiparme como el humo en medio de mi vida, dejar esta vida enteramente vacía de mí. Sería lo contrario: continuaría viviendo y mi vida se borraría en torno a mí. Se acepta, cuando se tiene mi edad, más fácilmente la propia muerte que el aniquilamiento de la propia vida.

Stalin parece haber actuado de acuerdo con Hitler^l.

Son las 5 de la mañana. La radio vocifera en la casa de al lado, Hitler va a hablar. Escribo mi novela, en la gran sala de la escuela de chicos, y escucho los «Heil» de la multitud alemana. Los soldados alsacianos han bajado a toda prisa a escuchar al Führer^{ll}.

Toda esta época de mi vida de hombre joven y hombre adulto, que yo pensaba que incluiría también mi vida de viejo y que incluso iría más allá de ella para continuar después de mí, he aquí que se halla, en el momento presente, encerrada entre dos guerras, siendo ya histórica. Ha tenido un comienzo y un final. Me parecía un absoluto, algo así como el aire necesario para que yo viva. En el momento actual he debido retroceder en relación a ella, la juzgo y me sorprende su relatividad repentinamente revelada: podía, pues, vivir sin ella. Acaba de caer de mí como una vieja piel. Así, antes de haber pasado un año en Berlín^m, no habría podido juzgar París. París era el aire de mi tiempo. Y cuando he vuelto de Berlín, París no era sino una ciudad entre otras. Mi preferida, ciertamente, pero ahora juzgada desde el exterior. La época «entre las dos guerras» es ya una *cosa*. Desde este punto de vista, manifestaciones como el surrealismo, el pacifismo, etc., en lugar de ser auroras, no parecen ya sino ideologías

² Henry de Montherlant (1895-1972): novelista y dramaturgo; Pierre Drieu la Rochelle (1893-1945): escritor y ensayista, partidario del Partido Popular Francés (fascista) a finales de la década de los años treinta. En 1922 Sartre tenía 17 años, Montherlant 27 y Drieu la Rochelle 29.

^l Ese día Sartre ha sabido de la reunión de las tropas soviéticas y alemanas en Brest-Litovsk.

^{ll} Hitler pronuncia ese mismo día un discurso en el ayuntamiento de Dantzig, felicitándose por sus victorias en Polonia, que hacen inútil, en su opinión, la continuación de la guerra: «Mis simpatías se inclinan por el *poilu* [denominación popular de los soldados franceses en la Primera Guerra Mundial], que no sabe muy bien por qué debe batirse» (citado en William L. Shirer, *Le troisième Reich*, París, 1961).

^m Durante el curso universitario 1933-1934.

condicionadas por su tiempo que deben desaparecer con él. Han perdido sus horizontes. Imagino que, para una época cualquiera, ser presente es tener horizontes. Pasar es perder esos horizontes.

[...]

Miércoles, 20 de septiembre. Ante esta confusión militar, dos concepciones de la guerra y del ejército. Una, optimista, que yo intentaba conservar los primeros días pero que se me antoja totalmente metafísica: como en la física, existiría un orden estadístico para las grandes masas y un indeterminismo molecular; la otra, que me parece más verdadera: todo sería imprevisible y desordenado. El azar decidiría las victorias: «Todo me persuade cada vez más –escribe Gide el 25 de octubre de 1916– de que estas cuestiones de estrategia, a las cuales se rodea de un gran misterio y para cuya solución se pretende que son indispensables conocimientos extremadamente especializados, son cuestiones de puro sentido común, que un espíritu simple, recto, lúcido y dispuesto, es con frecuencia más hábil a la hora de resolverlas que innumerables viejos generales». Ninguna empresa civil, incluso aquellas que se arruinan, admitiría un desorden parecido, una incuria tal. Ninguna administración, ni siquiera la más fosilizada, se halla envenenada por tal burocracia. Cuando quiero ser imparcial, me digo que estamos, sin duda, en una división de segunda categoría y que, en el fondo, el avance sobre el frente del Sarre parece dirigido bastante metódicamente. ¿Pero qué sabemos al respecto? Con las tres líneas del comunicado diario es imposible decidir.

Curioso el desorden militar, que es lo *contrario* de la anarquía y que es resultado de que las órdenes se transmitan con total rigidez del jefe superior a los cabos pasando por todos los grados de la jerarquía. Las órdenes diferentes no se *componen* jamás: ellas se interfieren.

Gide, 1 de junio de 1918: «Pienso a veces, con horror, que la victoria que nuestros corazones desean para Francia es la del pasado sobre el porvenir».

[...]

Jueves, 21 de septiembre. *Schadenfreude* con la que asisto a la desintegración del Partido Comunista Francés³. Precisamente porque ese partido, sin ser algo verdaderamente bueno, era en gran medida bueno para irritarme. Hubo un tiempo en el que coqueteé con él. En otro momento me alejé francamente, pero sentía remordimientos. No aceptaba, en suma, no ser comunista si no podía situarme *más a la izquierda* que el comunismo. Mi conversación con Bianca. Ella: «Ni tú ni yo tenemos el coraje de ser comu-

³ El PCF sufre una gran convulsión y desorden desde la firma del pacto germano-soviético que su dirección intenta justificar. No cambió su posición cuando la URSS entró en Polonia el 17 de septiembre de 1939. Cinco días más tarde, el gobierno francés disolvió el Partido por decreto.

nistas». Ahí es dónde me aprieta el zapato y le respondo: «Sí, pero, por otra parte, el PC no se merece que nosotros *debamos* tener ese coraje»ⁿ. Sigue siendo cierto que, aun legitimado ante mis propios ojos el no haber tenido ese coraje, éste no lo he tenido. Y me parece, cuando veo aniquilarse y degradarse al Partido, que el problema no tenía siquiera razón de ser, que mi coraje no ha sido solicitado más que por una apariencia. Pero eso no es en absoluto verdad. Con independencia de lo que haya llegado a ser el PC, hubo un tiempo en que se me pidió que escogiera, y yo he escogido contra él. Y, por otro lado, el comunismo es distinto del marxismo^ñ.

[...]

Viernes, 22 de septiembre. [...] En los periódicos, esta mañana, una de esas fórmulas en las que los franceses son expertos: «En el frente, periodo de espera *estratégica*». (Véanse las fórmulas de 1914 citadas por Gide: el ejército alemán absorbido por Francia.) Por el contrario, discurso de Daladier. No lo he oído, pero los secretarios hablaban del mismo con mal humor. Parece que ha cometido el crimen de decir que la guerra durará mucho tiempo^o. «No quiero escucharlo; cada vez que lo escucho acabo deprimido», decía uno de los secretarios. Y otro: «Es el primero de los derrotistas. Deberían meterlo en la cárcel». Todos guardan la oscura esperanza de que la guerra termine rápido. Esta mañana he intentado –como se juguetea con un diente enfermo– pensar, para ver qué suscitaba en mí, en un fin rápido de la guerra. Pero no me ha excitado en absoluto. No tengo esperanza de nada, no espero nada. Calma de pesadilla con la guerra en torno.

Sábado, 23 de septiembre. El Castor dice que me creo inmortal. Quizá es un poco cierto. No considero morir. Pero hay algo más: he concebido siempre mis escritos no como producciones aisladas, sino como si se organizaran en una obra. Y esa obra se contenía en los límites de la vida humana. Mejor, por desconfianza ante la vejez, siempre he pensado que lo esencial estaría escrito cuando tuviera sesenta años. Queda todavía por dirimir esa idea absurda pero profunda de mi niñez en virtud de la cual no pensaba que fuera a morir antes de cumplir los setenta años. Quedaba, pues, como un lapso vacío que separaba el fin de mi vida de mi muerte. Dicho de otro modo, para mí mi vida tiene un fin mucho antes de que muera, al igual que ella tiene un *comienzo* mucho después de mi nacimiento (en parte, porque no tengo muchos recuerdos de in-

ⁿ Sartre ha recordado con frecuencia esta conversación al escribir el diálogo Mathieu-Brunet, capítulo VIII de *L'âge de raison*, cit.

^ñ La cuestión de esta pertenencia imposible y moralmente necesaria se le planteará todavía durante largo tiempo a Sartre en términos de acción («compañero de ruta» con el Partido Comunista) y en términos filosóficos (crítica del marxismo contemporáneo).

^o «[...] Estamos tranquilos y resueltos. No tenemos prisa, como nuestros enemigos, no tememos una guerra larga. No pensamos sino en una cosa: en la victoria total [...].»: discurso radiofónico de Édouard Daladier, jefe de gobierno, 22 de septiembre de 1939.

fancia). De ello se desprende para mí una existencia consciente, perfecta y finita, casi circular, en la que las expectativas se hallaban exactamente recubiertas por los resultados, estando lo informe más acá y más allá de mi vida real, porque lo esencial no es ser inmortal. Lo esencial es que la vida tenga un coronamiento. Es en Ceintrey, el día en el que el pánico de Paul me hizo creer que nos incorporábamos al frente al día siguiente, es en Ceintrey cuando he contemplado por primera vez la muerte como la contempla la mayoría de la gente, como un acontecimiento que surge en medio de la vida y la detiene sin acabarla. He explicado eso en el capítulo XIII de mi novela, a propósito de Lola^P. Pero lo he sentido y aceptado un momento sobre el puente de Ceintrey contemplando el río. Significaba no el aniquilamiento impensable de mi conciencia, sino el sinsentido total de todas mis expectativas: expectativa de una historia más perfecta con Wanda, expectativa de escribir libros mejores, expectativa de componer una obra, etc. Y, al mismo tiempo –contrariamente a lo que dice Heidegger–, eso no hacía mi conciencia más individual, sino que la transformaba en cosa, ya que sentía que se podría decir: ella ha sido. Todo eso es tanto más fácil de percibir porque yo ya he «muerto mi vida», pues todo está abandonado. Es cierto que la mayor parte del tiempo pienso que está en suspenso. Pero en otros momentos la veo detenida. En ese instante, sobrevivo a mi vida. La muerte se siente y se acepta en esta perspectiva. Únicamente mis relaciones con el Castor escapan al absurdo de la muerte porque son perfectas y, en cada instante, todo lo que pueden ser. Yo no *espero* nada sino su continuación indefinida. Pero, en suma, en este momento y colocándome en la perspectiva de la muerte inmediata, puedo decir que es la única cosa *lograda* de mi vida. El resto únicamente se halla, en grados diversos, en vías de consecución. Esta intuición de la muerte ha sido muy breve, no ha vuelto a aparecer. Para captar su esencia, es preciso que crea que la muerte amenaza, es preciso que me halle –con razón o sin ella– en situación de morir. Aquí todo eso se ha desvanecido.

[...]

Domingo, 24 de septiembre. El oficial o el suboficial que ríen con sus hombres atemperan siempre ligeramente la mímica de su risa con una de disgusto. Los labios se separan, pero en lugar de extenderse con franqueza por toda su superficie, caen un poco en su centro. De esa forma, la risa viene como desde el exterior. El oficial apenas la hace suya. No se engaña sobre su valor. Porque la mímica de disgusto no se dirige a sus hombres, sino que tiene como fin desvalorizar el reír.

^P «Él pensó en Lola: había muerto y su vida, como la de Mathieu, no había sido más que una espera [...]. No había habido nada que esperar: la muerte había llegado con antelación a todas esas expectativas, también las había detenido, ellas quedaban inmóviles y mudas, sin fin, absurdas [...] “Si yo muriese hoy –pensó de improviso Mathieu–, nadie sabría jamás si estaba acabado o si aún tenía alguna oportunidad de salvarme”, *L'âge de raison*, cit., capítulo XIII del texto definitivo

La mímica del ojo vidrioso: destinado a aniquilar ante sí mismo al soldado al que se mira. Él se halla en el campo visual del oficial pero no es visto.

Mímica de una sordera repentina: ella se abate repentinamente sobre el oficial y lo aísla de golpe. El instante precedente escuchaba al tipo, ahora ya no le escucha. Puede combinarse con la mímica del ojo vidrioso.

Pequeñas sacudidas sísmicas que recorren la nuca y la cabeza del oficial y del suboficial de abajo arriba y destinadas a remedar la convicción inquebrantable. Empleadas, sobre todo, cuando se habla a un soldado mirándole. Permiten apartar ligeramente la mirada (que permanece inmóvil) de la cara que oscila como un campo de trigo y da a entender así la intención última.

La voz debe ser velada, distante y neutral. Dar siempre la impresión de que se la retiene.

Mediante estas precauciones, un suboficial puede permitirse el congraciarse con sus hombres. Y éstos dicen: no es un tipo arrogante.

[...]

Siempre la guerra fantasma. En el café, un soldado alza sus hombros ante el comunicado: «No conseguirán que me lo crea [...] Algo está pasando...». Yo: «¿El qué?». Él, vago pero todavía demostrando que es un tipo al que no se engaña fácilmente: «¡Negociaciones!... Me lo dijeron muy claro cuando me alisté, vamos a movilizar durante dos o tres meses y luego todo habrá acabado». Y añade recalcando las palabras: «*Y no habrá guerra*». Después, inquieto y con un tono vagamente interrogativo: «Todos están de acuerdo conmigo». La gente se ha acostumbrado de tal forma a la mentira oficial que los discursos de Daladier y de Chamberlain, que afirman su «inquebrantable resolución de etc., etc.», no hacen mella. La gente se guiña el ojo y dice: «Dicen eso para los estadounidenses. Dicen eso para nosotros, etcétera».

[...]

Martes, 26 de septiembre. Estado de ánimo general: el del espectador que mira con aire disgustado a dos boxeadores que se están masacrando, y murmura: «Hay tongo». Nadie toma en serio las declaraciones ministeriales. Quizá acostumbrada a los viejos eslóganes sobre el poder oculto de la francmasonería, la gente considera todo lo que es *visible*, las fuerzas desplegadas, los choques militares, etc., como una puesta en escena, un decorado que sus ojos intentan penetrar para descubrir la verdadera partida que se juega por detrás. Una preocupación en todo el mundo: no ser engañados.

[...]

Miércoles, 27 de septiembre. «Si tú haces la guerra –dice Brice Parain–, tú la aceptas, por lo tanto, eres cómplice»⁴. Eso no es en absoluto correcto. Ante todo, es preciso distinguir entre hacer la guerra y estar en guerra. Si deserto, si me escondo, quizá pueda evitar *hacer* la guerra. Pero es imposible evitar *estar* en guerra. Esto no puedo ni aceptarlo ni rechazarlo, como algo que tendría la libertad de repudiar: se trata de una modificación del mundo y de mi ser en el mundo. La guerra no es en absoluto una aventura que me sucede a mí y frente a la cual puedo comportarme de esta o aquella forma. La guerra es una manera de existir para el mundo, y para mí, que estoy en el mundo, mi destino individual comienza a partir de ahí: dicho de otro modo, la guerra no entra en mi destino como la enfermedad, el matrimonio o la muerte. Al contrario, es mi destino el que nace de la guerra. No se distingue de otros en que contendría la guerra y otros en que no: por el contrario, yo soy-para-la-guerra en la medida en que yo soy hombre. No hay ya diferencia entre «ser hombre» y «estar en guerra». Esto para decir que no puedo «decir no» a la guerra más que a la condición humana. La guerra se presenta como una modificación de mi ser-con-los-otros, de mi-ser-para-morir, etc. Ahí no puedo nada. Si fuera desertor, tampoco podría nada. Lo que puede resultar engañoso aquí es que los hombres deciden el estado de guerra. Pero si es cierto que el estado de guerra viene de los hombres, se realiza fuera de ellos. La extrema variedad de los destinos individuales de guerra escapa enteramente a los autores de la guerra. Como también sucede con el aspecto del mundo (los árboles, el cielo, las casas) o con la libertad humana de los hombres en guerra. Porque no es posible que nadie rechace su ser-en-guerra, las diferencias individuales y la libertad se encuentran de nuevo en la forma misma de ser-para-la-guerra. Cada destino se halla tejido con una materia nueva que es la guerra, pero cada uno es distinto de los otros, se halla tejido de modo diferente. Lo que ha desaparecido el 3 de septiembre no es únicamente la felicidad y la paz, es un mundo con su cielo, sus estaciones, su fauna y su flora; ha aparecido otro para todos los hombres. La primera característica de los hombres en guerra es sobrevivir a un mundo desaparecido. Los hombres en guerra son supervivientes de la paz. Sigue pendiente la cuestión: ¿se debe *hacer* la guerra? Me pregunto, en primer lugar, si todo ser que está libremente por la guerra no la *hace*. El Castor, cuando me escribe, cuando toma una actitud frente a Bost⁵ o frente a mí mismo, cuando rechaza la felicidad, como escribe B., o más bien cuando ella no ve en la felicidad, como ella me escribe, más que una forma privilegiada de captar el mundo de la paz, el Castor hace la guerra. Cualquiera que no se deje agitar por el malestar y la incertidumbre, sino que incorpore la guerra a su realidad humana, *hace* la guerra. Incluso el desertor. Porque hacen falta muchos desertores en una guerra, el desertor desempeña su papel. Y cuanta más deliberación añada a su acto, más fortalece la

⁴ Véase Brice Parain, *Retour à la France*, París, 1936.

⁵ Jacques-Laurent Bost (1916-1990), escritor, escenógrafo y periodista francés, que mantuvo una relación amorosa con Simone de Beauvoir. Cuando comienza la correspondencia en 1937 con ella, ésta tiene 29 años y desde hace ocho mantiene una relación con Sartre. Bost, de 21 años, ha llegado desde Le Havre a París para estudiar filosofía.

guerra y el ser-para-la-guerra. Toda conducta coherente y libremente concertada frente a la guerra es un «hacer la guerra». No se puede escapar a ella. Porque el desertor no espera en absoluto suprimir la guerra mediante su acto: se limita a ratificarla. Desde el momento en que huye de ella, la afirma y se ocupa únicamente de la mejor manera en que puede conducirse respecto a ella, es decir, hacerla. Desde este punto de vista, yo hago la guerra habiendo escogido entre la desertión y la sumisión lo que podía convenir mejor a mi destino individual de guerra. No tengo ni mayor ni menor complicidad con este mundo que el desertor. Simplemente, me ha parecido que mis intereses y mi fin individual estarían mejor servidos si, estando a pesar de mí mismo en guerra, yo obedecía la orden de movilización.

Lo que acabo de decir mal y demasiado largamente es que la guerra no forma sólo parte de mis pensamientos, ella constituye también su materia. *A través de* lo que percibo, esta mesa o esta pipa, pienso la guerra; *el modo en que pienso y en que percibo* esta mesa y esta pipa es «de guerra»; en fin, *la forma en que esta mesa y esta pipa se me presentan* es de guerra. Y no se trata únicamente de juicios y de comprensiones claras: mi comprensión preontológica, mi ser más inmediato frente a mis posibilidades más inmediatas, son de guerra. Y, sin embargo, yo tengo horror a la guerra, pero este horror por una guerra existente es él mismo un ser-para-la-guerra, está empapado por la guerra, es un estado inmóvil y fijo que no apunta a repudiar la guerra sino tan sólo a aprehenderla, y sobre este fondo de horror se desarrollan mi calma presente, mi felicidad y mis alegrías.

[...]

Domingo, 1 de octubre. [...] «La ofensiva de la paz» de Hitler y Stalin provoca un cierto malestar[†]. La mayor parte de los soldados que he visto esta mañana desea que se acepten sus ofertas. Los unos a regañadientes: «¡Y ya veréis que en dos años esto empieza de nuevo!». Los otros con esperanza: «Si proponen algo de bueno...».

[...]

El marido de nuestra anfitriona, un zapador, llega de un tirón en su motocicleta. Está en la frontera, a la orilla de un río, los alemanes en la opuesta. Conversan entre ambas. Ha hablado con oficiales alemanes, que le han dicho: «Hitler ha hecho una gran tontería». Nada de disparos: amabilidades, galanterías. Han recibido orden de hacer saltar los puentes. Así, el día señalado embuten los arcos de los puentes con dinamita, retroceden un kilómetro y medio, y el puente salta por los aires. El día siguiente vuelven a su primer campamento y encuentran a los oficiales alemanes estupefactos, que les dicen: «¿Pero qué demonios estáis haciendo?».

[†] El 26 de septiembre, víspera de la caída de Varsovia, la prensa y la radio alemanas lanzan la «ofensiva de la paz» de Hitler. Dos días después, la URSS se une a ella.

[...]

Lunes, 2 de octubre. [...] Mi mente está en blanco. O mejor, ocupada con pequeñas actividades cotidianas. Mi novela, como una obligación de burócrata, paciente y rutinaria. Gide. Cartas. Ni una idea, ni siquiera una tentativa de considerar las cosas de cerca. Es hoy quizá cuando la guerra me ha resultado más *natural*, estaba dentro y no me sorprendía. Esta falta de asombro, ciertamente, es lo que ha bloqueado mi pensamiento. Sin embargo, una especie de ganas de escribir sobre este cuaderno me ha acompañado todo el día. He comprado incluso otros dos cuadernos del mismo tipo. Pero eran ganas propias del que garabatea, de coleccionista. Tenía un deseo pueril de poseer cuatro o cinco cuadernos llenos, como, en mi infancia, de tener la colección completa de las aventuras de Buffalo Bill. Y también, ingenuamente seducido por el grosor del diario de Gide. Querría que mi «diario de guerra» fuese también grueso. Porque, naturalmente, pretendo publicarlo. A decir verdad, estoy bastante indeciso. Ante todo, me expreso en el mismo sin ambages sobre B. y Wanda; no puedo imaginar, por consiguiente, que estas notas aparezcan en su forma actual en tanto que mi vida «civil» sea la que es. Además, están muy mal escritas. De vez en cuando, he tenido el cuidado de «componer» la frase, mientras que otras veces la anoto tal cual. Si debiera entregar mi cuaderno al público, debería corregirlo. ¿Pero eso no es engañar? Retocar la sintaxis, ¿no es ser infiel al espíritu mismo de un diario?

En todo caso, las circunstancias de esta guerra y mi destino militar me obligan a hablar aquí únicamente de mí mismo. Todo lo que sé de esta guerra lo aprendo de oídas. Considerando las cosas desde el exterior, este diario es un diario de *nada*. Un hombre aislado, separado de los suyos, pasa días enteramente vacíos en unas aldeas alsacianas. No se sabe cuándo concluirá este exilio. Evidentemente aquí no hay tema para observaciones edificantes de ningún tipo. Si estuviera en la línea Maginot, sería muy distinto. No veo, pues, posibilidad de publicar –hasta hoy, porque todo puede cambiar rápidamente–, salvo que lo que suscite interés no sea la guerra sino yo. Ahora bien, por el momento nadie se interesa por mí. Así que, cuando contemplo la publicación de estas notas, es en una fecha muy lejana.

Estas notas no hablan sino de mí; sin embargo, no tienen nada de íntimo y no las considero como tales. Todo lo que me sucede, todo lo que pienso, lo contemplo al instante para hacer partícipe de ello al Castor; apenas me ocurre un acontecimiento, corro a contarlo. Todo lo que yo siento, lo analizo para *otros* en el momento en que lo siento, sueño de inmediato con utilizarlo aquí o allí. Si no dispusiera de este diario y si la censura militar no funcionase, la mayor parte de lo que escribo aquí pasaría a mis cartas y olvidaría el resto instantáneamente. No conozco a nadie tan público como yo. Si pienso, la mayor parte del tiempo es con la idea de vencer a tal persona particular; si razono de modo retórico, para persuadir o refutar. Apenas algo más que mis sensaciones y el gusto íntimo de

mi cuerpo conforman mi intimidad, porque son incomunicables. No me parece, pues, que este cuaderno merezca el reproche que se hace normalmente a los diarios íntimos, a saber, que su autor jugaría en dos tableros, intimidad y publicidad (íntimo, tan íntimo como sea posible, pero *para* ser publicado al día siguiente). Sea cual fuere el destino de estas notas, sean publicadas o no, yo las he escrito con un espíritu público y, ante todo, para mostrárselas al Castor.

Debo reconocer, por otro lado, que éstas no me son de ninguna ayuda. Mis pensamientos deberían precisarse bajo mi pluma, pero, desde hace quince años que pienso, me he organizado sin la ayuda de un cuaderno. Pienso y me expreso en mí, recuerdo sin escribir. De suerte que, la mayoría de las veces, lo que anoto aquí ya había sido totalmente pensado y formulado en mi cabeza.

Además, aquí, nueva ambigüedad del diario íntimo: ¿es preciso pensar escribiendo o escribir lo que se piensa? Pensar escribiendo, es decir, precisar y desarrollar un tema con la pluma en la mano: se corre el riesgo de que uno se fuerce, de ser insincero. Escribir lo que se piensa: entonces ya no se trata de un diario íntimo; ha perdido algo de orgánico que conforma su intimidad. A decir verdad, no veo en estos cuadernos más que dos utilidades: servir de recordatorio y presentar, al lado de los pensamientos, la historia de los mismos.

Seamos justos: hay otra cosa. Estos cuadernos corresponden a una preocupación que me ha asaltado desde el último mes de julio y que era la siguiente: tratarme —no por interés para mí, sino porque soy mi objeto inmediato— sucesiva y simultáneamente por los diversos y más recientes métodos de investigación: psicoanálisis, psicología fenomenológica, sociología marxista o marxistizante, a fin de ver lo que puede extraerse concretamente de esos métodos. Y ello a la luz de los descubrimientos reales que he hecho en torno a esa época sobre mi orgullo. La aplicación que podría hacer de ellos respecto a mi ser-en-guerra me ha tentado. Pero compruebo que me he alejado de ese propósito. Mañana intentaré poner en claro mi *situación* en relación con la guerra, es decir, con la forma en que, partiendo de mi vida civil, yo debía contemplarla.

Martes, 3 de octubre. [...] Voy a intentar aquí determinar qué influencias me han predispuerto a la actitud que tengo hoy frente a la guerra.

Ante todo, la guerra forma parte de mis recuerdos de infancia. A este respecto, aparece ligada a la familia. La he visto *desde* mi familia y *a través* de ella, se me ha aparecido ante todo como un acontecimiento familiar. Sin embargo, no la he vivido directamente, como muchos: nadie de mi familia había partido para el frente. Mis tíos eran demasiado viejos, mi padrastro demasiado frágil, y tampoco tuvimos amigos que partieran, porque el círculo de nuestra relaciones estaba compuesto sobre todo por universitarios de la edad de mi abuelo. Después, enviado a provincias desde

finales de 1916, no he visto París en guerra, las alertas, los bombardeos por los *Taube* y los «*grosses Bertha*». En fin, lejos de que la guerra me haya privado de mi padre y entregado a mí mismo como a tantos otros, me ha dado, por el contrario, uno, ya que mi madre se casó en segundas nupcias en marzo o abril de 1915⁵. [...] ¿Se ha producido una identificación de la «seriedad» de la guerra con la «seriedad» de mi padrastro? La guerra siempre me ha parecido tan sólo como un ensombrecimiento del aire de la época, como un matiz pomposo, helado, aburrido sobre todo –terriblemente aburrido–, que se había posado sobre las cosas. No se si mis compañeros de escuela y yo hemos hablado mucho de esos acontecimientos. Veo como una especie de ruptura en esa guerra, que se corresponde con el matrimonio de mi madre: entre 1914 y 1915 he mostrado cierta habilidad de comediante a la hora de imitar los grandes sentimientos, habilidad de la cual mi abuelo, comediante él mismo, hacía gala. En Arcachon, en agosto de 1914, estaba orgulloso de la facilidad con la que me hacía camino entre la multitud para obtener el primero una de esas hojas dactilografiadas que se vendían bajo el nombre de «comunicado». Reconstruyo un poco, pero me parece que creía que así cumplía con mis deberes para con Francia y colaboraba con los «*poilus*» [denominación de los soldados franceses en la Primera Guerra Mundial]. Un poco más tarde, en París, escribí sobre un pequeño libro de cuero que la señora Picard⁶ me había dado y en el que se informaba de mis gustos y aversiones, que mi deseo más íntimo era «ser soldado y vengar a los muertos». No recuerdo sin vergüenza la escena: era en la *rue* Le Goff, en el despacho-salón. La señora Picard acababa de entregarme el libro y yo deseaba rellenar el cuestionario delante de ella. Me instalé en el despacho de mi abuelo (vuelvo a ver otra vez el cartapacio, el secante verde manchado de tinta roja) y escribí mientras «esas damas» charlaban, consciente de mis deberes, seguro de que iba a ser leído y refocilándome de antemano en los grandes sentimientos. Cuando hube redactado mis respuestas, todas las damas se extasiaron y yo recibí felicitaciones y besos de cada una de ellas⁷. Escribí también, por la misma época, una novela de guerra en la que el héroe lo-

⁵ Sartre se equivoca ligeramente con las fechas: él estaba en París durante el curso escolar de 1916-1917, cursando quinto curso en el liceo Henri IV; es en 1914 cuando ha pasado algunos meses en Arcachon con su familia. En cuanto a las segundas nupcias de su madre, éstas tuvieron lugar en abril de 1917 y no en 1915. Tal vez no ha conocido, sin embargo, los *Taube*, pequeños aviones alemanes utilizados sobre todo al comienzo de la guerra, ni el «*grosses Bertha*», cañón de largo alcance que no disparó sobre París hasta 1918, cuando Sartre estaba en La Rochelle, donde se habían instalado sus padres.

⁶ Amiga de la familia materna de Sartre.

⁷ Sartre ha recordado esta escena cuando escribió *Les mots* a principio de la década de los sesenta, pero el final no es el mismo y la vergüenza no es ya la del adulto que es en 1939 sino la del niño que era entonces: «[...] ¿Cuál es tu deseo más querido? Yo respondí sin vacilar: “Ser un soldado y vengar a los muertos”. Después, demasiado excitado para continuar, salté al suelo y llevé mi obra a los mayores. Las miradas se aguzaron, la señora Picard se ajustó las gafas, mi madre se inclinó ligeramente; ambas cuchicheaban con malicia. Las cabezas se giraron al unísono: mi madre se había sonrojado, la señora Picard me dio el libro: “Tú sabes, mi pequeño amigo, que, para que merezca la pena, hay que hacerlo de verdad”. Yo creí morir»; *Les mots*, París, 1964.

graba hacer prisionero al príncipe coronado alemán y le daba una paliza en medio de un grupo de *poilus*. Finalmente, en Noirétable, representé una obrita heroica escrita por mi abuelo para una función benéfica a favor de los *poilus*; yo era un joven alsaciano capturado por los «*boches*» en su pueblo que finalmente lograba encontrar a su padre, soldado francés que pertenecía a un destacamento de *chasseurs* [soldados de infantería o caballería ligera reputados por su agilidad] y que conseguía recuperar el pueblo invadido. Yo extendía el brazo, en el momento culminante, diciendo «Adiós, adiós a nuestra querida Alsacia» con un aire de melancolía tan conseguido que el señor Simon, conservador de la catedral de Reims, me retrató a vuela pluma. Mi madre todavía tiene la acuarela⁵.

La clase de sexto adoptó a un «*poilu*» y yo fui nombrado cajero. Me entregaban monedas de cinco céntimos que yo introducía en una hucha. El «ahijado» vino un día a casa de mi abuelo. Era corpulento, con mostacho, tímido y triste. Me imagino que le hablé con amabilidad y todo el mundo estuvo contento. Conviene señalar, sin embargo, que la clase de sexto, por razones que he olvidado, dejó de interesarse por este ahijado a final de curso. Quedaba un poco de dinero en la hucha, que me quedé para mí. Así, me parece que mi primer contacto con la guerra fue puramente heroico; ni vi ni sentí nada de verdadero, me dejé invadir por sentimientos convencionales y prefabricados que pronto dejaron de afectarme. En el fondo, me importaba un carajo. Y la razón profunda de todas esas comedias es que yo vivía entonces con personas mayores y me adaptaba a sus juegos. Lo que había de verdadero en mí en esa época, era un aburrimiento muy particular y localizado: me encantaba leer las publicaciones semanales, firmadas, entre otros, por Arnould Galopin, que relataban las hazañas de los jóvenes y sus viajes alrededor del mundo. Desde esa época, sentía repugnancia por aquellas novelas que narraban las aventuras de los boy-scouts o de jóvenes que pertenecían a formaciones organizadas. Además, yo leía los «libros rosas» de relatos fantásticos y encantadores (*Alicia en el país de las maravillas*, cuentos de la isla de Man, etc.)⁶. Ahora bien, después de la declaración de guerra, una parte de esas publicaciones desapareció (en particular, Buffalo Bill y Nick Carter, cuyo editor era alemán) y otras se transformaron: los libros rosas se apresuraron entonces a presentar las hazañas de los jóvenes belgas y de los franceses del norte, mientras Arnould Galopin narraba las aventuras de los chavales de la tropa. Estos relatos me aburrían más allá de lo imaginable. Ante todo, pienso, por su monotonía: se trataba siempre, más o menos, de combates entre alemanes y franceses. Además, todo el exotismo que dotaba de poesía a *Tour du monde en aéroplane*⁷ (la India, la jungla, el Congo, la cordillera de los Andes) había desaparecido: los taparrabos multicolores de los salvajes habían sido sustituidos por el uniforme *feld-*

⁵ El recuerdo de esta representación concluye en *Les mots* con una humillación.

⁶ «Los libros rosas», colección infantil de Larousse. Una adaptación de *Alicia en el país de las maravillas* apareció en 1910; las *Légendes de l'île de Man*, en 1914.

⁷ Obra de Arnould Galopin. Sobre estos recuerdos de lectura, cfr. *Les mots*, cit.

grau de los alemanes, el decorado lo constituían indefectiblemente los paisajes cenagosos y quebradizos del norte. Por otro lado, mi horror por las formaciones organizadas –que hizo que rechazara siempre la lectura de las aventuras de los *Trois boy-scouts* de Jean de la Hire– encontraba ahí un objeto predilecto. Esos jóvenes héroes, demasiado débiles para poder capturar alemanes por sí mismos con verosimilitud, se veían obligados a dirigirse más pronto o más tarde a un capitán o a un comandante francés. Estaban apoyados, encuadrados, mandados: no me interesaban. Y todos esos valores bienpensantes, que, por otra parte, yo hacía míos cuando estaba en medio de los adultos, me aburrían terriblemente sin que me lo confesase a mí mismo. Creo que a partir de estos hechos comienza mi disgusto por la guerra. Porque mis lecturas, en esa época, representaban para mí la actividad más importante y la más querida. Pasaba casi todo el día leyendo. La profusión de aventuras bélicas me ha podido herir profundamente y, si yo mismo he escrito el comienzo de una novela de guerra, imagino que ha sido por un mimetismo de irritación, como cuando se acaba por hacer uso de una expresión que a uno le molesta en boca de otro.

Cuando llegué a La Rochelle, sufrí un trastrocamiento de mis nociones morales^w. Ante todo pasé a estar bajo la autoridad de mi padrastro, cuya moral no tenía apenas puntos en común con la de mi abuelo; enseguida tuve relaciones mucho más importantes con los muchachos de mi edad. Hasta entonces mis relaciones con mis camaradas se habían desarrollado bajo la protección bondadosa de mis padres. Ahora se hicieron contra mis padres. Y qué camaradas: cínicos, brutales, groseros, preocupados ante todo por la sexualidad. Recuerdo un día que cogimos el cuaderno-cuestionario de la señora Picard y lo llenamos de bromas insolentes y de palabras injuriosas. Ya no era cuestión de vengar a los muertos. Yo adopté el cinismo de mis camaradas para hacerme querer por ellos de la misma forma que había adoptado los sentimientos elevados de mi familia. Me alejaba cada vez más del «estado de guerra» que sólo mi padrastro se encargaba de encarnar ante mis ojos. Esta identificación de la guerra con él basta para convertirla en definitivamente triste y poco atractiva. Dejé de ocuparme de ella en absoluto. No leía los periódicos y tenía una confianza de principio en nuestra victoria. No recuerdo haber hablado nunca sobre ella con mis amigos. El armisticio no me causó ni sorpresa ni delectación. Fue un hecho que registré con la más perfecta indiferencia. La cuestión sexual me absorbía mucho más. El 11 de noviembre, mientras cañones del 75⁸ disparaban sobre la playa, Pelletier me inició, en las murallas, en juegos poco inocentes. En 1919, mis remordimientos me preocuparon mucho más que la paz. Durante varios

^w El relato autobiográfico de *Les mots* se detiene antes de esta instalación en La Rochelle, que representa un punto de inflexión en la infancia de Sartre.

⁸ El cañón del 75 era un arma de fuego de tiro rápido inventada en 1897, muy utilizada durante la Primera Guerra Mundial y aún en servicio en la Segunda; Pelletier era un amigo de Sartre del liceo de La Rochelle.

años tuvimos que sufrir discursos oficiales sobre nuestros gloriosos muertos y sobre los deberes que nos incumbían. Se convirtieron en un tópico. Todos nosotros reconocíamos con disgusto los grandes sentimientos que eran objeto de exaltación, por haber sido cómplices de los mismos en un momento u otro, yo, por ejemplo, en 1914-1915. Y, como la mayoría de las veces eran nuestros profesores quienes se encargaban de impartirnos esos sermones, ellos se nos antojaban, por una parte, la exaltación oficial de la moral greco-latina y, por otra, nos recordaban a los consejos virtuosos que nos daban nuestros padres. Desde 1920 no se puede soñar con algo más muerto y embalsamado que lo que la guerra significaba para mí. Podría decir, sin exagerar, que no era un *acontecimiento* datado y pasado, sino un mito colectivo e intemporal, acompañado de ritos religiosos, en suma, la quintaesencia de la moral de las personas adultas.

[...]

En suma, la guerra no fue para mí nada más que un aroma de virtudes de persona adulta. Se confundía con las palabras «deber», «patria», de las que se abusaba en torno a 1919-1921, y bajo ese aspecto se hizo irreal. Me he negado a leer *Le feu* de Barbusse⁹, aunque abordaba su tema desde un punto de vista absolutamente distinto; estaba contaminado. No he leído *Les croix de bois*, de Dorgelès¹⁰, no he podido terminar *À l'ouest rien de nouveau*¹¹. Todo ello suponía para mí un aburrimiento insuperable: desde el momento en que quise franquear la barrera de virtudes que había asumido ante la guerra, encontré esas realidades que siempre me habían fastidiado: disciplina, formaciones organizadas y planicies cenagosas del norte. En suma, idéntica reacción ante los libros de guerra que ante las publicaciones infantiles de 1914.

[...]

De modo que mi primera reacción contra «la» guerra no se distingue de mi reacción contra la moral de los adultos. No se parece en nada al horror de quienes han vivido el más nimio de sus episodios. Y como esos adultos que hablaban de la guerra eran a fin de cuentas quienes la habían hecho, enseguida he sentido horror ante los antiguos combatientes. Me irritaban porque se pretendía que tenían derechos sobre mí. Era una combinación de aburrimiento, de deberes, de virtudes pomposas y retóricas de las que me quería librar. Salir de la guerra era salir de la falsa virtud, exactamente como se sale de la religión o del puritanismo protestante cuando se pierde la fe.

⁹ Henri Barbusse, *Le feu*, París, 1916.

¹⁰ Roland Dorgelès, *Les croix de bois*, París, 1919;

¹¹ La traducción francesa de *Im Westen nichts neues*, de Erich Maria Remarque, se publicó en 1929.

[...]

En torno a 1924 me hice antimilitarista. Influencia de camaradas (Broussaudier¹², Guille, que decía entonces: «Prefiero hacerme fusilar que incorporarme a filas»). Libro esencial: *Mars ou la guerre jugée*¹³. Ese antimilitarismo no fue jamás constructivo, como mi horror ante la guerra no fue nunca un pacifismo. Nunca he considerado vincularme con acción alguna en pro del desarme; tampoco, por otra parte, realizar ciertos gestos comprometidos (rechazo del servicio militar declarándome objetor de conciencia, etc.). He repetido, como otros, argumentos pacifistas: «Nada de lo que puede ofrecer una victoria militar vale una vida humana» o «Aceptemos que nos invadan los alemanes. ¿Y después qué?», pero sin creer demasiado en ellos. Con una especie de malestar, porque por ahí no se llegaba muy lejos. No creía tampoco en la perfectibilidad humana ni en el progreso y tenía, por consiguiente, dificultades en hacer mía esa esperanza de que un día «dejaría de haber guerras». No creo, en verdad, haber aceptado tales ideas. En realidad, mi actitud natural, enmascarada por las ideas de moda, hubiera sido condenar la guerra y el ejército estando convencido de que siempre habría guerras y ejércitos. Del mismo modo, cuando repetía la frase «Nada vale una vida humana», la decía, desde luego, convencido, pero mi convicción tenía pies de barro, porque yo no era un humanista. Muchos de mis compañeros sentían horror ante el hecho de matar, pero Nizan y yo, cuando ellos se habían ido, decíamos que no tendríamos repugnancia a la hora de matar sino, en verdad, a ser matados. De hecho, lo que aprendí en la preparación militar en la École Nationale Supérieure y después en el servicio militar es la degradación del hombre por el ejército. Esto lo sentí muy sinceramente y en el Fort de Saint-Cyr me hundió en la desesperación. Hice mi servicio militar con todo el negativismo del que soy capaz. A causa de ello, es el periodo más triste de mi vida^x. Pero esto me condujo a considerar cada vez más la guerra desde el punto de vista moral –falsa virtud, degradación real del hombre–, pero nunca en su terrible realidad de destrucción. Y, por ello, a preocuparme ante todo por mi actitud personal frente a la guerra y en la guerra. Al igual que no he actuado contra una guerra posible, tampoco se me ha pasado por la cabeza desertar. Cuando Guille o Broussaudier contemplaban la deserción como una solución posible, yo respondía siempre, un poco molesto: «Yo soy auxiliar, por consiguiente tengo las mayores oportunidades de montármelo bien; pero, si deserto, entonces mi vida está jodida». Me refugiaba en el estoicismo como la única actitud moral posible y, en la medida en que la

¹² Sylvain Broussaudier, compañero de estudios en la École Normale Supérieure.

¹³ En la década de los años veinte Sartre había leído *Mars ou la guerre jugée* (1921) de Alain. A partir de la horrible realidad de la guerra de 1914, en la que había participado, Alain (Emile Chartier), pacifista convencido, analizaba en este texto todas las facetas del espíritu militar y el «ritmo contagioso» de la guerra con la esperanza de «desmitificar» el fatalismo.

^x Raymond Aron, su instructor en el Fort Saint-Cyr, cuenta: «Esos meses, por razones difíciles de entender, no me han dejado un recuerdo agradable. No ocurre nada, pero las relaciones entre nosotros, comparadas con las de la École, se degradan»; *Mémoires*, París, 1983.

guerra se hallaba en el horizonte de mis posibilidades, el estoicismo latente en caso de guerra era una posibilidad virtual y constante de mi ser. Lo he decorado durante mucho tiempo con el «rechazo» de Alain. Ser estoico y decir no. Pero, naturalmente, cuando planeaba decir no en el porvenir, era a la guerra de 1914 a la que decía no. No al reino de la virtud, a los embelecos y a la degradación.

Naturalmente también, estaba persuadido de esta idea, nacida del examen de la «gran» guerra: no hay guerra defensiva, porque jamás existe un único responsable de la guerra, lo que hacía más fácil mi rechazo. Al mismo tiempo, el estado de privación de Alemania entre 1924 y 1930 me animaba a creer que, en una guerra, Francia sería la agresora. Era, pues, tanto más fácil rechazar, ya que aceptar hubiera significado hacerse cómplice de la agresión. Pero, por otra parte, nunca he vinculado la guerra con el imperialismo capitalista, en primer lugar por desconfianza de las reconstrucciones marxistas, después porque estaba bajo la influencia de Alain, para quien la guerra es pasión y no juego de intereses. La veo, pues, como una locura pasajera, contra la cual, en el momento en que estalla, sería tiempo de endurecerme, y no como resultado necesario de una evolución política y social que yo debería intentar detener a cada momento. Eso me cuadraba mucho mejor, dado que –por otras razones– jamás he querido hacer política y nunca he votado. Por consiguiente, actitud negativa en toda regla.

[...]

Llegamos al año 1938-1939. En el momento del *Anschluss* y en mayo de 1938 (presión alemana sobre Checoslovaquia) he temblado. La realidad de la guerra todavía se hallaba oculta para mí. Veía en ella únicamente la ruptura de mi vida, la suspensión de mis escritos y, sobre todo, el bombardeo de París. Recuerdo que en mayo fui a pasear con el Castor por París y sentí en todos los hermosos edificios su esqueleto de hierro y sus vigas de madera, imaginaba el metal retorcido, las vigas calcinadas. Tras ello, París me ha parecido siempre «frágil», sobre todo después de septiembre, y me he desvinculado poco a poco de ella, y he comenzado a amarla de una manera desinteresada. Luego vino septiembre. Nerviosismo en Rabat, en Casablanca. En Marsella, espera siniestra¹⁴. En Martigues he considerado largamente la posibilidad de ser mutilado; nos hemos sentado al borde de un canal; las sirenas de los barcos retumbaban desagradablemente en nuestros oídos, lloviznaba. Hemos discutido para dilucidar si era mejor

¹⁴ Durante el verano de ese año, Sartre había estado en Marruecos. La crisis de los Sudetes había comenzado cuando estaba de vuelta en París a mediados de septiembre. Recordemos que Hitler amenazó con anexionarse los Sudetes, territorio checo poblado por una mayoría alemana. En una carta a S. de Beauvoir, Sartre hace un análisis en profundidad de la situación internacional, contemplando el conjunto de situaciones posibles (*Lettres au Castor et à quelques autres*, cit., septiembre de 1938, tomo I, p. 210). La última semana de esta crisis, hasta los acuerdos de Munich, será el tema del tomo II de *Les chemins de la liberté (Le sursis)*, cit.

quedarse ciego o ser herido en la cara. A partir de ese momento y hasta agosto de 1939, he vivido en lo que nosotros hemos denominado una creencia imaginaria en la guerra. Es decir, que los proyectos, las imaginaciones, todo se ordena en función de la guerra, pero, en el fondo, no nos comprometíamos con ello o sólo lo hacíamos imaginariamente.

[...]

De vuelta a París, me he encontrado atrapado entre promuniqueses y antimuniqueses y debo confesar aquí que me ha faltado en todo momento el coraje intelectual de ser una cosa o la otra. Los muniqueses me desagradaban, porque eran todos burgueses y flojos, temiendo por su piel, sus capitales o su capitalismo. Pero los antimuniqueses me parecían aterradores, porque querían la guerra. No estaba todavía lo suficientemente habituado a esta idea de guerra para comprender que se puede quererla. El único problema para mí siempre había sido éste: ¿puede uno sufrirla o debe uno rechazarla con todas sus fuerzas (hasta la desertión o incluso el paredón)?; y si había optado por la resistencia estoica, al menos tenía remordimientos. Además, el asunto seguía siendo dudoso: después de todo, los alemanes de los Sudetes eran alemanes y deseaban volver al seno de Alemania; después de todo, los checos no habían sido fieles a su palabra¹⁵; después de todo, nosotros no estábamos listos.

Y fue, sin embargo, en esta época cuando el estado de guerra se ha instalado en mí de modo perdurable. En septiembre, solo con C. X.¹⁶, después con el Castor, he sido consciente de la guerra y de mi libertad frente a la guerra; lo explicaré en otra parte. En todo caso, un lento proceso se desarrollaba en mí, que me hacía sentir mi conciencia tanto más libre y absoluta cuanto más comprometida, más contingente y más esclava era mi vida; hasta el punto de mostrarme finalmente mi vida actual, a la que me hallaba tan aferrado que la había tomado por mi propio ser, como una experiencia entre otras posibles, sostenida, mantenida y sobrepasada por mi conciencia. Cuántas veces durante el año la perspectiva de la guerra no nos hacía al Castor y a mí «existenciales», en particular una tarde de marzo, después de la anexión de Chequia, en el pequeño restaurante de la plaza de las Victoires. A ello me inclinaba mucho la lectura de Heidegger, que había reiniciado. En Pascua, tras la invasión de Albania por los italianos, una tarde que bajábamos de la montaña hacia Niza, comprendí, sentí y expuse al Castor la situación primitiva del ser-en-guerra, casi impensable en su complejidad: es preciso percibir a la vez 1.º) que no se sabe lo que le sucederá a *uno* en el mundo (mutilación o muerte o simplemente embrutecimiento); 2.º) que no se sabe lo que le sucederá al mundo que existe en torno a uno (derrota, aparición de una ideología

¹⁵ Alusión quizá a las garantías dadas por el nuevo Estado checoslovaco a sus minorías después de la Primera Guerra Mundial.

¹⁶ Sartre tuvo una relación amorosa con Colette X. unos meses antes.

nueva, profundas transformaciones sociales). Pero como, finalmente, el cambio implica que alguna cosa siga siendo lo que era y que aquí el yo y el mundo corren el riesgo de cambiar simultáneamente y cada uno a su manera, deja de ser posible concebir esta movilidad total e irracional. Poco después, en Aviñón, y más recientemente el 16 de agosto en Carcasona, discutí con el Castor sobre una posibilidad de moral y de autenticidad para y por la guerra. Hablaré de ello aquí o en otra parte. De suerte que la guerra, que yo había conocido en un primer momento como el reino mítico de las virtudes conservadoras, después, al hilo de mis lecturas, como un temblor inhumano que aterroriza las entrañas, como algo demasiado duro para el hombre y que, por consiguiente, le disminuye, se convertía, por el contrario, en una angustia muy útil en virtud de la cual podía comprender mejor su ser en el mundo. Todos mis pensamientos de ese año, mi vida en parte triple, mi extraña ligereza y mi extraña felicidad han estado regidos por la guerra. Ella se reveló de repente como una modalidad del ser-en-el-mundo, quizá como la más propicia para sentir y comprender este ser-en-el-mundo. Y, como era natural, realicé algunos tímidos esfuerzos para aceptarla como un acontecimiento futuro, contingente y provocado por decisiones humanas, ya que me resultaba realmente fructífera como situación general de la realidad humana. Explicué, por ejemplo, al Castor que esta guerra no será en absoluto, como la de 1914, una guerra perezosa de la cual todas las naciones serán responsables, sino que esta vez yo tendría verdaderamente algo que defender, a saber, mi libertad de escritor contra la ideología nazi. A lo que el Castor respondió: «Tú, es posible. ¿Pero qué tendrá que defender el pastor de Cévennes? ¿Y puedes aceptar tú esta guerra por él?»^y. Lo cual era irrefutable. Otra vez, en Juan-les-pins, le dije, tras observar a esa muchedumbre disminuida y estafalaria, que siempre había creído que los seres humanos estaban hechos para la paz, pero que, viendo a esa gente, no pensaba que fuese más digna para la paz que para la guerra, con lo cual ella tampoco se mostró de acuerdo. Estas tentativas, en el fondo, no pretendían sino que me desembarazara del rechazo estoico a la Chartier^z, porque las circunstancias históricas no parecían ahora motivar ese rechazo y porque, por otra parte, me impedía vivir y comprender la guerra como autenticidad. Finalmente, rechazar la guerra está muy bien, pero supone caer dentro de ella con los ojos cerrados. Alain habla del sistema militar, en *Mars*, pero no de la guerra. Me encuentro, pues, en una encrucijada, entre el rechazo estoico de todas las nociones morales que había llegado a apreciar y la autenticidad, e intenté desembarazarme del primero en beneficio de la segunda. Creo que ahora comienzo a comprender: la naturaleza de la guerra es ser odiosa y los hombres que la desencadenan son criminales. Por otra parte, se trata de un accidente histórico, una contingencia siempre evitable. Pero una vez que esta contingencia *sucede*, se convier-

^y Recordando al «pastor de Cévennes» (cadena montañosa situada en el Macizo Central de la Francia centro-meridional), Sartre creará en *Le sursis* el personaje de Gros-Louis, movilizándolo durante la crisis de los Sudetes.

^z Apellido del filósofo Alain.

te en un punto de vista privilegiado para que el hombre capte y comprenda su ser-en-el-mundo (porque este ser-en-el-mundo se pone *en peligro*). O mejor, *es* el ser-en-el-mundo del hombre, es la propia realidad humana vista desde el ángulo de la fragilidad, del absurdo y de la desesperación, pero por ello mismo puesta de relieve. Es preciso, pues, vivir la guerra sin rechazo, lo que no quiere decir que no se la odie, ya que su naturaleza es ser odiable. Es preciso vivirla en lo odiable y con autenticidad. En suma, el cambio de mis opiniones es éste: tomaba la guerra por un desorden inhumano que se abatía sobre el hombre; en la actualidad, entiendo que es una situación odiable pero ordenada y humana, que constituye uno de los modos de ser-en-el-mundo del hombre.

[...]

Ittenheim, miércoles 4 de octubre de 1939. A las seis y media de la tarde del 3 de octubre nos reunimos en la plaza de la iglesia con los ayudantes. Esperamos el camión que debe conducirnos a Ittenheim. El camión no llega. Hay un coche en la plaza, pero está reservado a los oficiales. Pasa un teniente. «¿Estáis esperando un camión?» Se ríe, ya que la idea le parece francamente grotesca. «Pues bien, si a las siete menos diez no ha venido, más os vale que os encaminéis hacia la salida sur de Marmoutier y de ahí alcanzéis Ittenheim a pie.» Se va. Consternación entre los ayudantes y los ordenanzas. Furia de Paul: «Ellos *deben* transportarnos en camión, yo no me muevo de aquí». Abatimiento de Pieter: «Tengo una hernia, no puedo hacer 20 kilómetros». Estaba harto de ellos, tanto más cuando en la penumbra se veía partir a filas de *chasseurs* que habían hecho 35 kilómetros de marcha forzada durante la jornada y harían sin problemas la ruta a pie. Íbamos muy cargados, pero yo experimentaba una especie de alegría ante el esfuerzo que nos esperaba. Esa extraña obligación: hacer lo más posible para sentir la guerra lo más posible. Siempre frenado, naturalmente, por los compañeros (que me recuerdan a los ayudantes de *El castillo* de Kafka) y quizá muy contento de ser frenado. Llegan los tenientes Munot y Pénateau y el capitán Munier. Hablan con los tenientes, que envían al cabo Courcy a ver al coronel. Durante ese rato, el capitán Munier, simpático: «No tenéis más que subir al coche de los oficiales». Subimos, pues, por atrás, en un coche a oscuras, y nos amontonamos en el fondo. Al lado de nosotros una voz irónica y cultivada: «Vaya, vaya, aquí hay alguien que se equivoca de dirección, creo yo». Es un teniente bajo y con mostacho, del que veo después las gafas de hierro y la cara atocinada a la luz de una linterna. Está junto con otros dos tenientes que murmuran, escandalizados. Uno de ellos, irónicamente inquieto: «Al menos, que no seamos nosotros quienes nos hayamos equivocado de dirección». Y una voz dura: «Pero bueno, ¿es éste el coche de los oficiales?». Pieter les explica que el capitán Munier nos ha dicho que montásemos. «¿Qué capitán?», pregunta una voz con poco discernimiento. «¿Munier? ¿Prunier? Así, ya veo...» Se resignan con acritud y uno de ellos dice a los otros: «Al menos, ¿habéis traído mascararas?». Y después: «Dado que se permite a los *hombres* (subrayado con un desdén aristocrático) subir a este

coche, no veo por qué no hacemos subir a nuestros ordenanzas». En ese momento entra un capitán: «Aquí tenemos la bonita cara de Biener», dice en medio de risas a uno de los tenientes. «Mi capitán –dice con vivacidad Pieter, siempre obsequioso (aunque en el fondo despótica contra los oficiales)–, hay sitio delante». El capitán, verdugo benefactor: «¿Delante? ¿Por qué delante?». «Nos hemos puesto en el fondo para no molestarles», explica Pieter. El capitán, con desparpajo: «No estamos en la Comedia Francesa, aquí no hay ni patio de butacas ni gallinero». Risas afectadas de los tres tenientes. Aparece el teniente Z, con un aire cada vez más afectado: «Amigos míos, hay sitio en el coche del ID». Suspiros de alivio de los tres tenientes, que se precipitan asustados hacia la salida para huir de los hombres. Puedo asegurar que no olíamos mal. Eso me ha hecho pensar en esos ricos estadounidenses que han abandonado toda una avenida de Nueva York, porque una familia negra se había instalado en uno de los inmuebles. Pieter, lleno de indignación: «¡Oh no!, ¡entonces era eso! Tenía ganas de decirles: mi teniente, en la vida civil olemos quizá mejor que usted». Se mete al fondo del todo para estar a sus anchas. Estoy sentado de espaldas al conductor, pongo los pies sobre el asiento plegable de enfrente. Larga espera después de que el coche se pone en marcha en la oscuridad, cogiendo baches y avanzando muy despacio. Alegría. Pasamos con lentitud filas y filas de sombras negras, los *chasseurs*. Aquí y allá la lumbrería roja de un cigarrillo; detrás de nosotros, en la carretera, veo los faros azules de siete u ocho coches en fila india. Numerosas paradas. En una de éstas, los faros de uno de los coches proyectan contra la mica de la ventana de atrás la sombra de un hombre que camina vacilante, que crece, crece y se hace desmesurado.

A las nueve de la noche llegada a Ittenheim. Se nos acomoda junto con tres ordenanzas en un granero, con paja y dos camas grandes. Ocupamos las camas, dos en cada una. Rotos los cristales de las ventanas. El perro ladra. La calle retumba con los ruidos de las tropas en marcha, de las órdenes, de las risas. De vez en cuando, la luz de un faro bruscamente encendido deslumbra nuestra ventana. Paul salta a mi lado, Pieter tose, resopla, se aclara la garganta. En tres o cuatro ocasiones los soldados entran, encienden o proyectan sobre nosotros la luz de una linterna de bolsillo y reclaman sitio para ellos. Los mandamos fuera. Alegría siempre teñida de esa melancolía un poco siniestra que tienen todos los alojamientos militares. Todo es siempre tan frío, tan triste, ¿tendremos mañana «querencias»¹⁷? Pero alegría por cambiar de lugar. Duermo bien.

[...]

Jueves, 5 de octubre. En la radio del hotel del Boeuf d'Or selección de la música de *Blancanieves*. Ruidos de fondo, interferencias. Pero cuando se logra escuchar el aria que conozco (que considero apagada y banal), es como un

¹⁷ Término taurino que designa el área de la plaza en la que el toro se siente más cómodo.

brillo en mi noche, una promesa de que esto acabará y que volveré a ser humano. Se ha prolongado durante quince compases, después se acaba^{aa}.

[...]

Viernes, 6 de octubre. [...] Me estoy familiarizando con este cuaderno. Los primeros días me ponía guantes cuando escribía.

El brigada Courteaux, guapo muchacho enclenque de rostro severo. Aterrador como una mantis religiosa, porque se lee en sus rasgos que jamás reflexiona sobre sí mismo. Sus opiniones: «Todos aquellos que parten para esta guerra con la esperanza de volver no son hombres». (Pero él ha dicho delante de mí: «Quiero ir a la primera línea, yo volveré: paso a través de las balas».) Otra reflexión: pasa con el gordo jefe Thibaud ante un caballo muerto y se entristece: «¡Vaya lástima! ¡Eso, eso me rompe el corazón! A los hombres se les reemplaza, hay tantos como se quiera. Pero un caballo, un caballo cuesta cinco mil francos». Era, además, sensible y nervioso como una mujer. Inquieto por las relaciones con los otros oficiales: listo a hacer «mala sangre» al menor cambio de humor. Salud delicada, siempre con una enorme bufanda.

Un truco frustrado: si me lamento de la guerra, todo ese tiempo de movilización está perdido. El único modo de evitar este pensamiento insostenible (para mí) de tiempo perdido es ver en la guerra una posibilidad de progreso. De intentar, por consiguiente, vivirla con autenticidad. Toda mi actitud sería, pues, una defensa y ese ser-para-la guerra sería inventado por las necesidades de la causa. Lo que no quiere decir, por otra parte, que sea un pensamiento falso.

El faro en la carretera de Brumath, en la noche. Ilumina el cielo a ras de tierra. Extrañas auroras giratorias y heladas en el cielo, brumas luminosas sobre las que los árboles se perfilan como sombras y que repentinamente los absorben en su luz. En el centro, cerca del faro, giro automático y brutal, casi enloquecido, del haz luminoso. En la carretera negra, sin embargo, nuestro camión pasa a cientos de vehículos de artillería, inmóviles, apagados y recubiertos con ramas. Las ramas rozan la lona del camión cuando pasa. Entramos en un pequeño bosque. A cada resplandor del faro los troncos se tornan claros y el límite del bosque, lejos detrás de nosotros, se ilumina. La maleza permanece negra como la tinta.

Lo que pienso a veces: de mi vida no tenía que esperar más que felicidad. La guerra me aporta una renovación. Sería esperar demasiado, no obstante, que le mostrara mi agradecimiento.

^{aa} La película *Blancanieves y los siete enanitos*, de Walt Disney, se estrenó en Francia en 1938. Las canciones de esta película, traducidas al francés y retransmitidas por la radio, pronto estuvieron en boca de todo el mundo. El aria que Sartre escucha ese día es «Un día mi príncipe vendrá».

[...]

Domingo, 8 de octubre. Paul es socialista y antimilitarista^{bb}. Pero es también funcionario. Y el lado burocrático de su naturaleza se entrelaza con el lado burocrático del ejército. Su amor por el papeleo, su ausencia de iniciativa, su temor ante las responsabilidades que podrían ser un demérito para él en la vida civil, se convierten aquí en virtudes. Paul contribuye también a la rigidez cadavérica de las órdenes, ejecutándolas, por temor, con la mayor falta de inteligencia posible y, por ello, aun protestando contra la guerra y el ejército, participa de una obediencia consentida. En lugar de obedecer, como yo, día a día, su sumisión es previsor, pero a la manera militar. Y, en este caso también, se trata de una característica de la vida civil: timorato, pesimista y sedentario, contempla todas las consecuencias de una salida en familia, de una comida, de un paseo. Toma precauciones contra un universo hostil. En el ejército, este universo hostil se convierte en el conjunto inquietante y caprichoso de los superiores. Él los teme como temería una digestión difícil o la administración de su liceo; en breve, como ídolos. Ahora bien, así es precisamente como ellos quieren ser tratados. Y he aquí por qué este antimilitarista deviene el cabo más ordenancista de los cabos.

[...]

Mi sueño esta noche: se me había encomendado la misión de domesticar unos perros y yo había cogido para ello el cinturón de mi abrigo de pelo de camello a fin de usarlo como fusta. Encontraba esta arma insólita, recordando que en mis precedente domas utilizaba pura y simplemente un látigo. Entro sin demasiado temor, porque conocía a los perros. El primero se refugia aullando en su cubil; pienso: «¡Este lo ha entendido!». El segundo viene a mi encuentro mostrando los dientes; era, la víspera, el más malvado. Pero le doy algunos golpes con mi cinturón en el hocico y se tumba. Al mismo tiempo, curiosa impresión de que es tan dócil porque va a pasar algo, que él espera, y que me pondrá en una situación comprometida, y, además, yo me doy cuenta (o se me dice) que me he equivocado, que le he golpeado con la extremidad de paño de mi cinturón en vez de coger éste por ese extremo y golpearle con la hebilla de hierro que está en el otro. Desasosiego. En ese momento, una bestia enorme e irritada, que denomino hiena pero que parece mucho más agresiva, sale de un granero y se abalanza sobre mí. Le arrojó al hocico mi arma impotente, pero avanza irremisiblemente en medio de la alegría de los perros irónicos. Siento tanto miedo que me despierto.

La interpretación que le he dado, nada más tenerlo: los perros domesticados –en verdad bastante poco terribles– representan los diversos fasti-

^{bb} En cuanto a la antipatía que siente por el cabo Paul, Sartre escribe a S. de Beauvoir: «Ya sabes, Paul tiene muchos rasgos en común con mi padrastro [...] creo que le hago pagar un poco mis rencores sentidos contra él; no sé cuando me he dado cuenta de ello» (carta de 3 de diciembre de 1939).

dios de la vida militar que he superado. Pero la hiena que aparece bruscamente, y que a la postre, de un modo más o menos oscuro, todos los personajes de mi sueño *esperaban*, es la figura verdadera de la guerra: bombardeos, masacres que yo no conozco todavía y que, *ella*, me superará. En resumen, simbolización de este pensamiento: tú te crees astuto porque hasta ahora no has perdido tu equilibrio. Pero eso sólo es así porque ésta es una guerra de risa. Espera un poco a que llegue la verdadera y temblarás de miedo. Temor, pues, de no poder conservar mi actitud. Aquí de nuevo, a pesar de Freud, encuentro un sueño de temor y no únicamente un sueño de deseo. Y es cierto que este temor existe en mí, no inconscientemente sino vago, bloqueado 1.º) por una especie de incuria y confianza en mí; 2.º) por el hecho de que a la postre, con bastante probabilidad, jamás me encontraré en un campo de batalla y estaré siempre a cierta distancia de la balacera. El cinturón mal cogido simboliza, en mi opinión, mi incompetencia para las cosas militares, ese desorden del cual se burlan mis compañeros. Ayer Pieter de nuevo observó mi petate y dijo: «¡Es una vergüenza!». Oscura idea de culpabilidad, sin duda: «Es porque lo apaño tan mal, porque soy tan poco “ordenancista”, por lo que no podría soportar el verdadero rostro de la guerra». En realidad, recuerdo ahora haber tenido un momento de cólera contra mí al ver la hiena: agarrado por el extremo correcto, mi cinturón habría sido una buena arma contra ella, pero blandido así era un juguete ridículo y yo era *incapaz* de cogerlo correctamente.

[...]

Lunes, 9 de octubre. [...] Lo que más me desagradaba de esta guerra es el aislamiento sin soledad, que, por otro lado, creo que es, según yo lo veo, el estado del obrero en la fábrica; lo cual me lleva a concluir que hay en mí una repugnancia burguesa. Tener una «querencia» o desear poseer una para fundar sobre ella mi libertad es lo que queda en mí del sentimiento burgués de propiedad. Me hacen falta algunos metros cuadrados para ser libre y para ser yo mismo.

[...]

Martes, 10 de octubre. [...] Creo que soy insoportable con mis compañeros por la imposibilidad de estimarlos. Sin cesar reacciones de desprecio. Pedantería moral: creo que estoy un poco triste por ello. Voy a tratar de mostrarme más amigable. En el fondo, no les perdono que sean burgueses como yo. Con los obreros hubiera sido un dechado de humildad.

[...]

Viernes, 13 de octubre. [...] No sé qué es la humildad y, sin embargo, reconozco mis faltas sin ambages porque no tengo ninguna solidaridad temporal conmigo mismo. Hay algo de íntimo y confortable en la humildad –de profundo y de vivo al mismo tiempo– que viene de lo que ha

vivido el yo de ayer. Ese yo culpable es, justamente, también el yo que ve la falta. Hay ahí, quizá también, más sinceridad y más coraje, una especie de continuidad de uno mismo que se asume. Pero cada instante de mi vida se desprende de mí como una hoja muerta. No es en absoluto que viva en el instante, más bien vivo en el porvenir. A causa de mi *fin*, que supone una vida orientada a estar en espera. A causa de esta ilusión tenaz de progresar que me ocupa desde mi adolescencia. Cuando me hablan, pienso de cuál de mis yoes me están hablando: soy mejor que ése. Si se me recuerda una metedura de pata del día anterior, la reconozco de buen grado porque estoy convencido de que no la volveré a cometer. Por una única razón, a la postre, entre ella y yo hay un cierto espesor temporal. No creo en absoluto en el progreso del hombre o de las costumbres –o al menos no me preocupo de él–, pero sí en mi progreso individual. Me resultaría intolerable pensar que soy menos inteligente, menos valiente, etc. que la víspera, y cada vez que lo escucho me causa daño y desasosiego. Hablo, pues, de aquel que fui sin simpatía, casi sin esfuerzo por comprenderlo. Lo abandono a la risa y me río de él. No lo defiendo más que en la medida en que veo que aquellos que lo atacan le encuentran rasgos comunes conmigo. Me considero siempre, por tanto, como en el punto más alto de mi vida hasta el momento presente. Al mismo tiempo, y por este reconocimiento de mis errores, prescindo del hombre que hay en mí para colocarme en el terreno absoluto del espectador imparcial, del árbitro. Ese espectador es la conciencia trascendental, desencarnada, que contempla «su» hombre. Cuando me juzgo, lo hago con la severidad que emplearía para juzgar a otro, pero es que ya me he escapado de mí mismo. El propio acto de juzgarme es una «reducción fenomenológica» que realizo con deleite porque así puedo, con un coste bajo, colocarme por encima del hombre que hay en mí. Casi puedo decir que busco esas ocasiones. Me pasa, tras haber cometido algún error, en una disputa, reconocerlo sin problemas y sorprenderme profundamente a continuación al ver que mi interlocutor, a pesar de esta confesión, sigue buscándome las vueltas. Me entran ganas de decirle: «Pero no te das cuenta, ése ya no soy yo; eso ya no es lo mismo». Lo que hace que mi teoría de la libertad me resulte tan evidente es que es, en efecto, una manera de huir de mí mismo, en todo momento. Nunca siento remordimientos. No en absoluto en la forma en que ciertas almas bien dispuestas por una solidaridad tan intensamente querida –a pesar de la época– con ellas mismas afirman indefinidamente lo que una vez han afirmado, sino más bien por mor de una disposición a «dejarme ir», a contemplarme con un frío desprecio –respecto al pasado– sin sentir mi yo presente comprometido en el asunto. Yo me dejo ir (en mi fuero interno) exactamente igual que uno puede dejar ir a su cómplice. Y si ante los demás asumo la responsabilidad de mis actos –y eso, al menos, de eso estoy seguro, lo hago siempre–, es con la impresión de pagar generosamente por otro. Por ejemplo, hoy, que yo sé que hay una guerra, me burlo de aquel que fui que no supo preverla, que la temió sin preverla. Y me burlo porque, prolongando mi yo presente en el pasado, tengo la impresión de que este yo presente, que sabe que la guerra estalló el 3 de septiembre, lo ha sabido siempre. Lo que le otorga

una superioridad manifiesta sobre ese pobre yo equivocado del 2 de septiembre que todavía dudaba de ello.

[...]

Martes, 17 de octubre. Esta mañana a las seis he salido solo de casa de mi casera (Paul estaba de guardia en la escuela). Llovía, una lluvia obstinada, que amenazaba con no parar. Cielo totalmente gris. Olor a humo de madera en la calle, que no he respirado más que en Berlín y aquí. Impresión de otoño alemán. Vagos recuerdos del otoño de 1933 en Berlín. Otoño alemán: más grande, más desprovisto, más desierto que el nuestro. Bosques desnudos, ramas ocres en medio de un campo color pizarra, pero también más sentimental. El otoño alemán es Potsdam. El otoño francés es Versalles.

[...]

Miércoles, 18 de octubre. [...] Durante toda la mañana fuertes cañonazos. Del lado de Wissembourg probablemente.

Imposible no pensar en el ataque alemán que sin duda tiene lugar en este momento. Me siento ligado a este mundo que se quiere destruir. Me doy cuenta de que le pertenezco. Imposible no sentir sus lazos. Ese mundo que se destruye, ese mundo de la paz, en el que yo era hombre, cada destrucción parcial es un poco *mi* destrucción.

Extraño: se toman las armas para defender un cierto mundo (la República francesa de posguerra con sus derechos y sus ideologías). Y uno sabe, sin embargo, que el hecho mismo de tomar las armas destruye ese mundo con toda seguridad. Lo que defendemos ya está muerto. Estoy aquí para defender mi vida de 1919-1939. Pero, por el mero hecho de estar aquí, ella se desliza hacia el pasado. Si vencemos, habremos defendido el mundo que nosotros vamos a hacer *después*, que será lo que estemos en condiciones de hacer, lo cual no podemos prever de ninguna manera. Así, los hombres de 1914 han defendido contra la Alemania imperialista la República de 1920. La de 1870-1914, tomando las armas, la habían amortajado con sus propias manos.

[...]

Sábado, 21 de octubre. [...] Carácter del mundo de 1918-1939: pensaba de sí mismo que era destructible. Destructible por la revolución, por la guerra. (Estancamiento feliz de 1900, por el contrario.) Pero no solamente se consideraba destructible, reivindicaba la destructibilidad. Éste era uno de sus títulos de gloria y su poesía. Se sabía transitorio y se complacía en lo provisorio, se afanaba por verse ya desde el punto de vista desde el que se le juzgaría cuando fuese amortajado. No creía en sí mismo. Estaba acechado por el recuerdo de la guerra de 1914 y por el temor de la de 1939.

Se permitía muchas cosas porque sabía que iba a morir. Y yo he vivido apasionadamente esa fragilidad. Yo sabía, sabíamos todos, que iba a desaparecer. Pocos, me parece, han amado su tiempo en el pasado como yo he amado el mío. Me concentré en él con todas mis fuerzas. En 1921, cuando paseaba con Nizan por los bulevares, era de buen tono admirar nuestra época; se decía: «Anuncios de neón, focos, automóviles aerodinámicos». Eran palabras mágicas. Se escribía con oraciones cortas y con rapidez. Y ahora veo lo que eso quería decir: era un esfuerzo estúpido en pos de la modernidad (se ha dicho entonces: siglo de la velocidad; se quería un lenguaje sin sintaxis que conviene a los 120 kilómetros por hora de nuestros trenes rápidos). Pero nosotros éramos entonces ingenuos y teníamos buena fe: nos pusimos a amar con todas nuestras fuerzas esas luces y esas velocidades. Hemos descubierto el jazz pero como los pobres: no sabíamos bailar. Oímos decir que se podía tener maravillosas aventuras de amor al son del banjo, pero no eran para nosotros, éramos demasiado jóvenes, demasiado pobres y demasiado feos. El jazz tenía para nosotros la belleza cruel y sexual de lo prohibido. Oímos hablar de las excentricidades admirables (éramos nosotros quienes las juzgábamos tales) de nuestros mayores, pero no teníamos ni la audacia ni el tiempo ni la gracia necesarios para permitirnoslas. Toda esa famosa vida de posguerra fue para nosotros un cuento de hadas más allá de nuestro alcance, un sueño. Y es, sin embargo, la que dotaba de su encanto al último rincón de París^{cc}. Toda mi vida ha sido impregnada por una posguerra que he entrevisto por el ojo de una cerradura. Y, después, esta época encantadora ha muerto. Todo su utillaje: negros, rascacielos, fotos, orgías, amor libre y trágico, banjo, etc., se ha hecho banal. Pero en lo que a mí respecta, me ha marcado. Lo que he amado apasionadamente hasta 1939 en cada esquina de París, en Ménilmontant, en Montmartre, en Montparnasse, era esa época ya pasada. He visto toda mi vida a través de ella, era un tiempo perdido, no para mí, para los otros, que intentaba reconquistar. Aquellos que lo han vivido plenamente siguen vivos (los surrealistas, Michel Leiris, etc.), después han llegado otros jóvenes, severos y sin gracia (Petitjean, Maxence, etc.)¹⁸ que se han permitido ser severos respecto a esta alegría muerta. Pero yo –nosotros– somos de la generación de en medio. Demasiado jóvenes para una posguerra, demasiado viejos para la otra. Demasiado jóvenes para haber disfrutado de esa posguerra, dema-

^{cc} A los 18 años Sartre escribía: «Se sumergían los dos juntos en días de la más linda alegría, buscando la belleza de las gentes y las piedras en las encrucijadas de la ciudad demasiado conocida. Y cualquier cosa les maravillaba: un anuncio eléctrico, el paso silencioso de un Rolls-Royce les llenaba de estupor y de felicidad, como la brusca aparición de un hada [...]»; *Écrits de jeunesse*, París, 1990.

¹⁸ Armand Petitjean (1913-2003): colaborador de *La Nouvelle Revue Française*, tenía ocho años menos que Jean-Paul Sartre. Discípulo de Charles Péguy, tomó parte contra los pacifistas en septiembre de 1938 e intentó definir en sus crónicas un nuevo patriotismo; el mismo año publicó *Le moderne et son prochain*, partidario del gobierno de Vichy bajo la ocupación; Jean-Pierre Maxence (1906-1956): crítico del semanario *Gringoire*, ligado al catolicismo y a la derecha; apoyó el régimen de Vichy bajo la ocupación; en 1939 publicó *Histoire de dix ans, 1927-1939*.

siado viejos para poder juzgarla con distanciamiento y severidad: después de todo es *nuestra* posguerra. He quedado marcado por ella. Toda mi vida y todos mis escritos la reflejan e intentan resucitarla. Así, ese mundo en el que he vivido veinte años me ha parecido todavía más frágil, dado que su gracia más preciosa estaba muerta. En estos momentos ha muerto dos veces.

Creo que he amado mi tiempo como otros su patria, con el mismo exclusivismo, el mismo chovinismo, la misma parcialidad. Y despreciaba las otras épocas con esa ceguera que ellos invierten en despreciar a las otras naciones. Y mi tiempo ha sido vencido.

Siempre he pensado que algo, en 1920-1925, no había logrado nacer: Lenin, Freud, el surrealismo, las revoluciones, el jazz, el cine mudo. Todo eso *habría podido* entrelazarse. Y después cada cosa ha seguido su destino esporádico. Aislados, se les ha podido torcer el cuello a cada uno de ellos. No han construido un mundo más que en mi memoria.